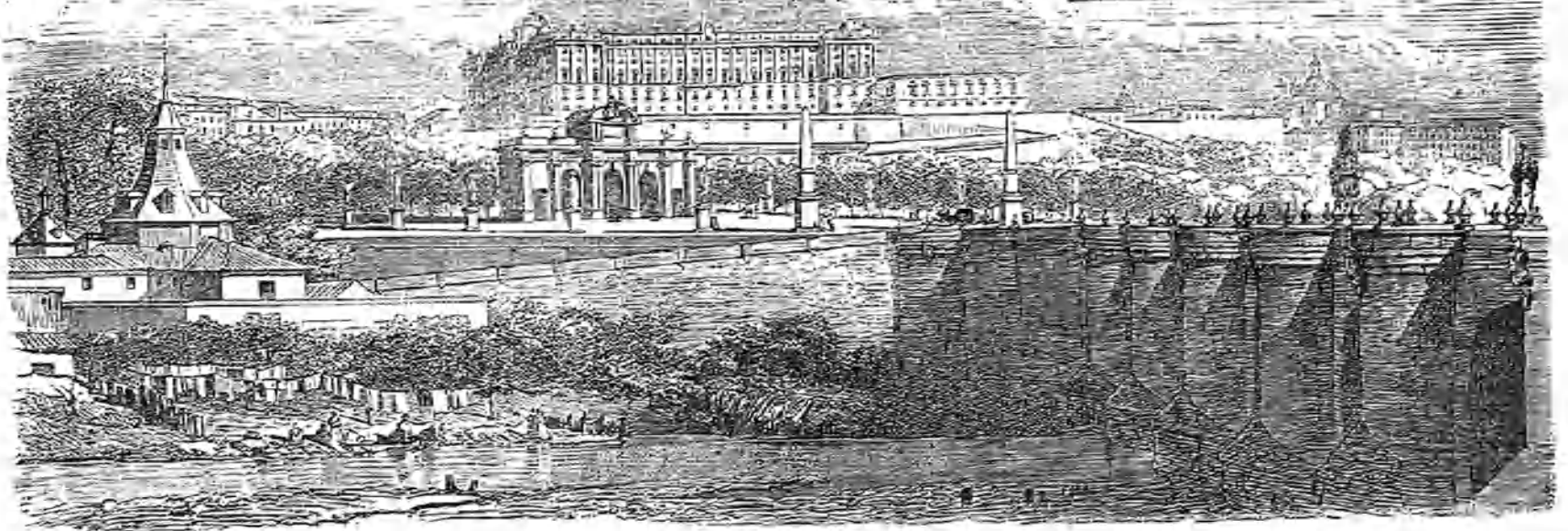


LA ILUSTRACION DE MADRID



REVISTA DE POLITICA, CIENCIAS, ARTES Y LITERATURA.

AÑO II.

MADRID 30 DE ABRIL DE 1871.

NÚM. 32.

SUMARIO.

TEXTO.—Ecos, por D. Isidoro Fernandez Flores.—La Serrana de la Vera (conclusion), por D. V. Barranias.—Traducción literal del artículo biográfico que vio la luz pública en el periódico portugués *va. Folha*, en febrero de 1871: D. Manuel Maria José de Galdó, por D. J. Simoes Dias.—Revista de los trabajos de las academias y sociedades científicas, económicas y literarias, por D. Florencio Jandé.—Literatura callejera, por don Fernando Martín Restondo.—El melocacto, historia para las niñas casaderas, por D. Peregrina Garcia Cudelo.—Sueños y realidades. En el aniversario de la muerte de Cervantes, por D. Jaime Clark.—No hay deuda que no se pague... Cuento original, por D. Alvaro Novoa.—Historia de la torre de Colon en el departamento Central de la Isla de Cuba.—Conferencias populares en San Isidro.—Salon de sesiones del Ayuntamiento de Madrid.—Comunion a los enfermos en el Hospital General de Madrid.—Don José Valero.—El monumento del Dos de Mayo (soneto), por D. Luis Vidart.—Decoracion del primer acto de «Los amores del diablo».—Revista musical, por D. A. Peña y Guéc.
GRABADOS.—Don José Valero, dibujo de don A. Perxa, fotografía del Sr. Juliá.—Visita de S. M. al Hospital General. Comunion a los enfermos, dibujo de D. J. L. Pellicer.—Campaña de Cuba. Ataque de la torre óptica de Colon, en Pinar, por los insurrectos, dibujo de D. A. Perxa, croquis de D. G. Menera.—Don Manuel Maria José de Galdó, dibujo del mismo.—Salon de sesiones del Ayuntamiento de Madrid, dibujo de D. J. L. Pellicer.—Conferencias de los obreros en San Isidro, dibujo del mismo.—Decoracion del primer acto de «Los amores del diablo», dibujo de D. F. Pradilla.—Jeroglífico.

ECOS.

¡Felices aquellos tiempos en que rindiendo culto á estas bellas mañanas de abril y mayo, me encaminaba yo al Retiro con mi trajecillo de mezcla de color de ala de mosca, mis botines blancos, mi sombrero de jipijapa y un baston lo más deforme y rústico posible; hecho, en fin, un pastorcito á la moda del siglo XIX! Los guardas del entonces Real Sitio me encontraban todas las mañanas esperando á que se abriesen las pesadas verjas. Yo solia llevar bajo el brazo, envuelto en un pañuelo, una rosca y algun libro de poesias; el pan era para los peces y ganeos del estanque grande; las poesias para mí. Llegado que era á la gran sáhana de agua, arrojaba en migajas á los patos el alimento susodicho, que ellos devoraban con in-

variable apetito. Cuando cesaba la benéfica lluvia veia-seles llegar batiendo sus alas hasta el balcon de hierro en que yo me apoyaba contemplándolos: me miraban abriendo desmesuradamente sus picos y me pedian con terribles graznidos otra rosca. ¡Hubieran dado fin de todas las existencias del Pósito!

De pronto algun otro filántropo madrugador se acercaba á la barandilla, y la hambrienta turba se dirigia hácia él azucando el agua con el membranoso abanico de sus patas. En vano les llamaba una y cien veces; ¡ya no volvian! Si por la tarde tornaba yo al Retiro de paseo, sin rosca y con sombrero de copa como exige el de-

coro, fingian no conocerme y pasaban á lo largo del balconaje del estanque sin saludarme como de mañana. Alguna vez, herido por su ruin conducta en la sinceridad del afecto que les profesaba, no pude ménos de exclamar: ¡Oh, cielos, quién creyera que se albergase en el corazón de los patos tanta ingratitude como en el de los hombres!

Por desgracia aquellos tiempos pasaron: lo que ántes era *Buen-Retiro*, hoy es *Parque de Madrid*. Cayeron las verjas que detenian á los madrugadores, y los patos se alimentan de la caridad de otros jóvenes sensibles que van, como yo entonces, con su pañuelo y su libro de poesias...

¡Malditos treinta años
Fuente árida de amargos desengaños!

como dijo Espronceda cuando perdió las ilusiones que nos hacen madrugar y leer versos y echar pan á los patos!

Fero no todos los incautos jóvenes que van al Retiro con un libro debajo del brazo van á leer las églogas de Menéndez ó los cantares de Trubea. Algunos, seriamente amonestados por sus maestros, se deciden á cargar con un *Manual de Economía*, con el *Derecho Romano* y hasta con un tratado de matemáticas.

Yo tambien, en la época en que se acercaban los exámenes, solia hacer otro tanto. ¡Locura concebible tan sólo en el cerebro solidísimo de un dómine es crear que bajo la fresca bóveda de follaje que nos brindan las acacias en flor; entre el constante y variado murmullo de los árboles, dulcemente agitados por el vientecillo, y la blanda música que forman las pájaros en las ranas y los insectos entre las hojas y la yerba, ha de seguir dormida dentro de nosotros la masa del placer y el sentimiento!

Me sucedia, pues, que en medio de mis cálculos, cuando trataba de buscar el interés compuesto de una suma ó el logaritmo de un número, tendido yo al borde de alguna torcida y mal cuidada calle, una hoja cualquiera que se desprendia á un soplo del viento, la mariposa que llegaba á posarse atrevidamente sobre el libro, ó la hormiga



DON JOSÉ VALERO.

que subía trabajosamente á lo largo de mi baston, como si ellos tambien, pobres insectillos, quisieran ilustrarse en la ciencia de los números y resolver algun problema trascendental, bastaba á torcer el curso de mis científicas meditaciones. Mi pensamiento seguía el vuelo de la hoja y de la mariposa, y dejando para otro día encontrar el interés compuesto de una suma que yo en la vida habia tenido ni esperaba acaso tener, me complacía, algo simplemente, en levantar el baston de tal manera que la hormiga no pudiera volver sin mi auxilio á su granero aunque hubiese, como yo, estudiado cinco años de matemáticas... ¡Y nada digo á ustedes de aquellas ocasiones en que, engolfado en los números, alzaba los ojos maquinalmente y veis cruzar por entre el ramaje alguna pareja de las que allí en tales mañanas suelen verse, libre, enamorada, dichosa, para la cual parecia tan sólamente haberse vestido de boda la naturaleza!

Así es que, de vuelta me encontraba en casa del maestro con un horrible pisto de números, del que sólo podía ofrecerle como explicacion y resultado alguna linda flor, algun insecto raro ó el ardiente elogio de unos ojos negros, cuya profundidad no hubieran sabido medir con toda su ciencia Arquimedes ó Newton.

Preciso es convenir en que este siglo positivista ha rebajado extraordinariamente el carácter moral del hombre. Distingúese éste de los demas animales en una cualidad que por ser el sello y privilegio de la raza humana debiera haber sido en extremo respetada. El hombre no tiene la agilidad de la ardilla, ni la fuerza del toro, ni la magestuosidad del elefante; imparcialmente considerado, no es superior á los demas animales sino porque tiene el don de la palabra. A engrandecer cualidad tan preciosa debieran encaminarse las leyes sociales. Pero, ¿qué ha hecho el hombre de su título de nobleza? ¿Asusta el desprecio en que está aquel don supremo? ¿Freciendo de que el hombre, y especialmente la mujer, permitan que en sus respectivas casas haya algun papagayo, cotorra ó miclo que insulte al hombre, ridiculizando la palabra en el mero hecho de querer imitarla. En todas las leyes modernas se adivina una tendencia pertinaz é irritante á rebajar, á anular por completo su valor. Dejo aparte los tiempos en que San Pablo no habia escrito aún su Epístola y los mortales se casaban sin intervencion de cura y con la sola y eficaz garantía de un libre palabra; ¡acto el más grave y trascendental del hombre! Me quiero limitar á épocas más cercanas en que la palabra de honor de un caballero era suficiente para que lo afirmado por él fuese un Evangelio. Se llevaba entonces el respeto á esa cualidad del hombre hasta tal punto, que bastaba que un hidalgo cualquiera afirmase que aquella noche habían llovido capuchinos, para que todos sin buscar por el suelo las señales de tan extraña lluvia lo creyesen á pie juntillas. Y, ¡ay del incrédulo! Que era punto de honor (tan grandes han sido siempre los derechos de la palabra) el atravesar de una estocada á todo el que afirmase en semejante caso no haber recibido efecto aquel nuevo y terrible diluvio de reverendas.

Pero estaba reservada á nuestros días la vergüenza de declarar oficialmente la inutilidad de la palabra, anulándola y destrozándola.

Vea Vd. hoy lo que le pasa. Vaya Vd. á cobrar una deuda, ó á vender una finca propia, ó á solicitar empleo ó trabajo, viaje Vd. ó enferme, ó tome mujer, ó engendre un hijo, ó muérase si le place, Vd. no es Vd., usted es cualquiera ménos Vd. mismo. La sociedad, por conducto del alcalde del distrito le declara á Vd. ignorante de su propia personalidad, y para que los demas tengan la certeza de que Vd. no es el vecino de enfrente, y para que sepan que está Vd. bien enterado de quién es usted mismo, el dicho alcalde le da una papeleta que denomina *cédula* para mayor autenticidad de la persona, y por la que le lleva á Vd. algunos reales con objeto, sin duda, de que Vd. quede aún mejor enterado.

¡Ah! ¿Qué diría Hernani, aquel héroe del honor castellano que sacrificaba su amor y su dicha al decoro de su palabra! ¿Qué diría si al ir á tomar un cuarto en cualquier calle para establecerse con su prometida le exigiese el casero la cédula de vecindad, — y la señal de paso!

¡Asustado quedaria de ver lo que han degenerado las palabras de los caballeros!

¡Verdad es que los caballeros, seamos justos, tambien han degenerado!

Y á propósito de aldeas.

Escriben de Vich que ha sido ya puesto en libertad el de San Julian de Villatorra, que fué secuestrado por algunos vecinos del pueblo.

Bueno es advertir que ha recobrado la libertad mediante el pago de 6.000 rs.

Como se vé, si el valor de la palabra del hombre ha perdido de su antigua estimacion, lo mismo le ha pasado á los alcaldes.

¿En qué época no ha valido cualquiera de ellos más de trescientos duros?

No es extraño, pues, que en San Martin de Provensal se organice á estas fechas una ronda armada, retribuida por medio de una suscripcion voluntaria, que tiene por exclusivo objeto velar por la seguridad de los vecinos.

Si no se tratase más que de la existencia, vamos, podría pasar; pero los bandidos han caído ya en la cuenta de que no hay nada más inútil que un muerto, y se han dedicado á la adquisicion y venta del prójimo, sin respeto, como se vé, á clases ni estogorías.

La idea es sobremana ingeniosa y prueba que los ladrones no se quedan atras en la senda de la ilustracion y el perfeccionamiento.

Antes le robaban á uno pura y simplemente lo que tenia; ahora sale Vd. de sus manos sin lo que tenia y además empeñado para siempre. Comparado con sus nietos, José María es un tipo de honradez digno de loa.

La Commune ha sacado á la venta en pública licitacion, y por pliegos cerrados, la columna de la plaza de Vendôme, en cuatros lotes, dos que comprenden los materiales de construccion, y dos los metales.

Ha comprendido la Commune que aquel monumento era una muralla á la fraternidad de los pueblos franceses y aleman, y en el momento en que los prusianos estaban á las puertas de Paris, era inaudita descortesía insultarlos con aquel ejemplo de las pasadas glorias francesas. ¡Sublime acto de diplomacia y galantería!

Los prusianos vencedores, han llevado su audacia hasta pedir á Francia todo su dinero y casi todo su territorio; pero no se habian atrevido á exigir tanto. La heroica conducta de los rojos de Paris habrá hecho avergonzarse á Moltke y á Bismark de haber sido tímidos una vez.

Vendido el monumento, es de suponer que se habrán vendido las conizas de los héroes que bajo él se encerraban: las conizas sirven para hacer legía, y no es mala la que necesita hoy la honra de Francia.

La vanidad, disculpable en las mujeres, es un terrible defecto en el hombre. Y si se alberga en el pecho de un honrado guardia nacional como los que defienden París, puede ser funesta á la patria. Cuando el soldado frente al enemigo se preocupa más de las vueltas de la levita, de la brillantez de los galones de las mangas y de la blancura de sus botines que de las balas y las bombas del contrario, la patria, ya lo he dicho, está perdida. Por fortuna son muy pocos los que en tales casos obran de modo tan digno de censura. El general Cluseret, sin embargo, previsor como ningun caudillo, ha mandado que se castigue á todo soldado que cometa cualquier delito... de vanidad.

El *Gaulois* refiere que en Paris ha sido fusilado natural Thienot, por equivocacion. Habia dos del mismo apellido presos, uno condenado á muerte y otro á cinco días de arresto, por una falta de polleía. Este último ha sufrido la pena impuesta al primero.

¡Señores, parecé que exclamó el austero Cluseret al tener noticia del *quid pro quo*: no precipitarse!

El *Diario oficial* de Versalles dice que á consecuencia del rumor de la evacuacion inminente por los alemanes de los fuertes de la orilla del Sena, el comandante del fuerte de Vincennes creyó conveniente armar las murallas de dicho fuerte; pero un parlamentario prusiano fué á exigirle la observancia exacta del convenio de 25 de enero.

El general Cluseret dió inmediatamente orden de desarmar los bastiones del fuerte.

Si en vez de ser prusiano el parlamentario hubiera sido francés, el general Cluseret le envia una bala de cañon por respuesta.

Escentricidades del patriotismo.

ISIDORO FERNANDEZ FLOREZ.

LA SERRANA DE LA VERA,

COMEDIA INÉDITA DE VELEZ DE GUEVARRA.

(Continuacion.)

Cuando sabe la verdad por boca de su padre, pues el galan permanece en mudo retraimiento, se reviste de la misma acusatez villanesca del anciano, si bien empieza con unas palabras de doble sentido y mal gusto, probablemente encaminadas á arrancar aplausos de aquel vulgo necio de quien nos habla Lope:

...Hasta agora
Me imaginaba, padre, por las cosas
Que yo me he visto ser bruto y muy hombre.
...no me quiero casar, pero... creo
Que mientras no me caso, que soy hombre;
No quiero ver que nunca me sujete;
No quiero que ninguno se imagine
Duaño de mí...

...No quiero
Mecerme agora á caballera, y herme
Mujer de piedra en lo espada y tieso,
Encaramada en dos chapines, padre,
Y con un verdugado hecha campana;
Caminar con una lechuguilla
Dependiendo de nuevo reverencias,
Que será para mí darne ponzoña,
Y Gila no es buen nombre para doña.

Tercia ya el capitán en el debate, mostrándosenos doblemente redomado, pues la ataca por el lado más débil que tiene. Aquí debemos hacer notar que acaso el autor, porque este rasgo hiciese verosímil á su heroína, llevó la escena al tiempo de los Reyes Católicos.

CAP. ...Habeis de ser al lado de don Lucas,
Si merezo esa mano, otra Semiramis,
Otra Evadnes y Palas española.
GILA. Esa razon me pueda obligar sola;
Por imitar á vuestro lado luego
A la gran Isabel, que al de Fernando
Emprende heroicos hechos, que si viro
Y ocasiones me ofrece la fortuna,
Ha de quedar, contra la edad ligera,
Fama de la Serrana de la Vera.

Llega D. Garcia, y rinde el autor nuevo tributo al vulgacho de su tiempo haciéndole describir la muerte del príncipe D. Juan, y no sólo la muerte, sino tambien las exequias y hasta el túmulo que se le alzó en la catedral de Salamanca, en un interminable romance, hoy soporífero. Váanse el capitán y el alférez á alojar la tropa, y Gila, con las criadas, se pone á preparar el alojamiento de D. Lucas, ya como de casa y de boda, cuando unos soldados acuden á jugar en aquella misma pieza, por sus respetos campando con significativo desenfado, Gila tertia en la muerte, que tambien le tira el cubilete de los dados. Se sacanocen y disimulan, pues son de los que ella ha sacnignado en la plaza de Plasencia, por lo que dice uno:

Disimula agora y calla.
Que antes de marchar, no chirlo
Le ha de quedar en la cara.

Pero el disimulo es imposible. Con los secretos fueros que sin duda el capitán les da, andan los soldados largos de manos, y más las llevan á Gila que á la espada ni al cubilete, por lo que les recuerda la Serrana los lindos cintarazos que en Plasencia les sacudió. ¡Aquí fué Troya! Uno dice:

Quien lo imaginare, digo
Que si no miente, se engaña.
GILA. Para tales ocasiones
Gastado yo estas bufecadas.

En un verbo me los tienda palas arriba ó los abuyenta. Ellos, á la verdad, no dan muestras de tener tan firmes las manos como las pléreas, quéis cuando el cabo acende á poner paz y quiera que se hagan amigos, dice Gila:

Yo no soy amiga
De gallinas.
En caso. ¡Mujer brava!
Esta deba ser sin duda,
La que tiene tanta fama.

Volvemos, sin saber para qué, á Plasencia, donde Isabel la Católica recibe de D. Rodrigo Girón el pesame del infante D. Juan. Por cierto que es escena de muy bellos rasgos, pues cada vez que el maestro habla del asunto, la reina le interrumpe con preguntas sobre la guerra de Andalucía, hasta que dominada ya por su dolor, se ausenta para dar curso á las lágrimas. D. Fernando, más varonil, viene después, y tranquilamente discuten la jornada que intentan contra el último rey moro.

La escena pasa otra vez á Garganta la Olla y á la misma casa de Giraldo. Es la madrugada. Reina un silencio criminal. Las cosas han ido tan de prisa como

suellen en las comedias antiguas, pues oímos al alférez y al sargento decirse en voz baja, celebrando la venganza de D. Lucas.

SARG. ...Con la ocasión
De acercarse al casamiento
Debió de cumplir su intento,
Que su altiva condición
No pienso que de otra suerte
Pudiera nadie rendir.

El alférez está más en el secreto, conoce, al parecer, todo el plan y su ejecución, pues añade:

SARG. Esta noche es la primera
Que rindió su voluntad.
Pues si va á decir verdad,
Ya amanece; no quisiera
Que nos cogiera aquí el día,
Porque es, según se me alcanza,
Cierta señal de mudanza...

En efecto, poco después sale el capitán diciendo á sus cómplices:

CAP. Vámonos de aquí,
Y agradezcáme el lugar
Que no le abraso.
SARG. ¡A marchar!
CAP. Yo llegué, engañé y vencí.

Queda el teatro en un silencio aterrador, hasta que los tambores anuncian la marcha de la tropa, que en el mismo punto sale Gila de su habitación, gritando:

GILA. ¡Traición! ¡Traición! ¡Padre! ¡Prima!
¡Mingo! ¡Pascual! ¡Anton! ¡Prasto!
¡Socorred mi afrenta todos!
¡Ah de mi casa! ¡Ah del pueblo!
Que se me van con mi honor!
Que un ingrato caballero
Me lleva el alma! ¡Socorro!
¡Que me abraso! ¡Que me quemo!

Sigue así querrellándose en versos de mal gusto, hasta que acude la familia y su mismo padre, á quien refiere lo ocurrido, alagándose de dolor y cólera:

GILA. Como imaginé que estaba
Tan cercano al casamiento,
Le di esta noche en mis brazos
Ocasión para ofenderos.
¡Mal haya, padre, quien ha
De sus mismos pensamientos,
De palabras de los hombres,
De regalos y requiebros,
Que estas galas enemigas (las rompe)
Dicen, tremolando al viento,
Que aquí se alojan agravios,
A costa del mismo dueño.
¡Ay furia! ¡Ay rabia! ¡Ay ciclo!
¡Que se me abrasa el alma! ¡Fuego! ¡Fuego!

Con muy buen acuerdo, su prima la vuelve al suyo, diciéndole:

GILA. Las quejas dejemos, Gila,
Y busquemos al remedio.
Bien decía. Dadme un caballo
Que imite á mis pensamientos,
Y tú, Magdalena, dame
De vestir; tú, Pascual, luego
Dos escopetas me carga;
Tú, Mingo, convoca al pueblo,
Para que salgan á darme
Ayuda, y ruego á los cielos
Que ofendidos no castiguen
A mi enemigo, primero,
Ni que primero que yo
Ninguno le mate, siendo
Dispensador de mi honra,
Que por estos brazos mismos
Mi agravio quiero vengar...

GILA. Y hasta matarle, no pienso
Dejar hombre con la vida;
Y hago al cielo juramento
De no volver á poblado,
De no peinarme el caballo,
De no dormir desarmada,
De comer siempre en el suelo,
Sin manteles, y de andar
Siempre al agua, al sol y al viento,
Sin que me acobarde el día,
Y sin que me venza el sueño,
Y de no alzar, finalmente,
Los ojos á ver el cielo,
Hasta morir ó vengarme.

Empieza el acto tercero ya en el teatro de las proezas de la Serrana, que es la falda de una eminencia escarpada y montuosa, casi á tajo en peña viva. Á Mingo, que iba caballero en un rocín prestado á una diligencia de botica, se le cae medio muerto el pobre animal, y empieza á temer si se topará con la Serrana, que como

...en el capitán
Su agravio no satisfo,
El juramento que hizo
En cuantos vienen y van
Cumpla valerosamente,
Siendo tan brava homicida,
Que no deja con la vida
Padre, amigo, ni pariente.

Éntrase adonde cayó el rocín, y aparece por opuesto lado un caminante, que viene cantando el romance de la Serrana, con ciertas alteraciones, de carácter popular también, que no creemos sean de la musa de Vélez. Después se aparece la Serrana, huyendo á saltos por los vericuetos.

GILA. Allí, en Garganta la Olla,
En la Vera de Plasencia,
Salteóme una serrana,
Blanca, rubia, ojimorena.
Botín argentado calza,
Media pajiza de seda,
Alta basquiña de grana,
Que descubre media pierna.
Sobre cuerpos de palmilla
Suelto airosamente lleva
Un capote de dos faldas
Hecho de la misma mezola.
El cabello sobre el hombro
Lleva, partido en dos cranchas,
Y una montera redonda,
De plumas blancas y negras.
De una pretina dorada
Dorados frascos le cuelgan.
Al lado izquierdo un cuchillo,
Y en el hombro una escopeta.
Si saltea con las armas,
También con ojos saltea.
Teute, caminante.

GILA. ¡Ay Dios!
CAM. Apéate, acaba.

GILA. Espera.
CAM. ¿Que obe de encontralla aquí,
Pensando que era conseja!

GILA. ¿Dónde vienes?
CAM. De Toledo.

GILA. ¿A dónde vas?
CAM. Á Plasencia.

GILA. ¿Qué dinero llavas?
CAM. Poco.

GILA. Sáca luego cuanto llevas.
CAM. En esta bolsa va todo.
GILA. Perdona ser poco.

GILA. Muestra.
CAM. Tú cantas mal y porfías.
GILA. Tu historia pienso que es esta.
CAM. Ya sé que es mi historia.

GILA. Ahora
CAM. No solamente en la Vera,
Sino en Castilla, no cuentan
Otra cosa, y tu belleza
A tu fama se aventaja.

GILA. ¿Parécote hermosa?
CAM. Al sol, al alba, á las flores.

GILA. ¿Estimáras que te hiciera
CAM. Favor?
CAM. Y será bien grande,
Si con la vida me dejas.

GILA. Esa sierra arriba sube,
CAM. Que en la cumbre de esa sierra
Tengo una choza en que vivo,
De encinas y robles hecha,
Donde quiero que conmigo
Hasta ver el alba, duermas.

GILA. Tuyo soy. Daréte el alma.
CAM. Suba.

GILA. ¿Qué cruces son estas?
CAM. De hombres que he muerto.

Y sin más ni más, le tira al río desde lo alto del camino que sube á su cueva. Sale Mingo andando á cuatro piés, cubierto con el aparejo del caballo, cuando Gila se vuelve y le atisba.

GILA. Este villano procura
Engañarme, y por la mesma
Treta cogerle imaginero.
Mingo. Ciéguela santa Quiteria.
GILA. Caballito, caballito,
El de las patas de pega,
Por la virtud que hay en tí,
Que me digas quién te lleva,
Quién te riga, quién te manda,
Quién te limpia, quién te fierra,
Quién te enfrena, quién te ensilla,
Quién te da cebada nueva.

MINGO. Por la gracia de Dios Padre,
El caballo hablado hubiera.
Las palabras que decía
Eran en su mesma lengua.
Mingo soy, que ando perdido
Hoy en figura de bestia,
Aunque el mismo papel hacen
Muchos vestidos de seda.

Se reconocen al fin, y le pide Gila noticias del pueblo, de sus amigos, de su familia. Cuando sabe que á su padre le han dado por fuerza la vara de alcalde, exclama sobresaltada:

MINGO. ¿Querrá prenderme con ella?
Dios te libre, Gila, amen,
De que la Hermandad te prenda,
Que á la fé que te despache,
Que la de toda la Vera
Anda en tu busca.

GILA. No importa,
Mientras yo tenga estas peñas
Donde vivo, por muralla,
Y estos brazos por defensa.

MIX. Quinientos escudos dan
Al que traiga tu cabeza.

Va el rústico á marcharse, y ella se lo impide, con lo que pone el grito en el cielo, creyéndose exceptuado de la sentencia general por ser su amigo y paisano; pero Gila, en gracia de ese paisanaje y esa amistad, sólo le otorga la elección de muerte, con mucho dolor del rabadan. En este altercado recuerda que pasan los Reyes por el camino de Plasencia, y quiere ver si su enemigo va en la comitiva, en cuya ocasión cruzan el bosque unos monteros persiguiendo á una fiera. Cree Mingo poder escaparse; pero ella le ata á un árbol, reservando su muerte para después, y se sube á su cueva. Salen en su persecución el maestro de Calatrava y varios monteros, furiosos porque la Serrana desde arriba ha matado á cuatro de ellos. Detrás viene el rey cazando. Ponen á Mingo en libertad, y aparece Gila, en lo más alto, haciendo alarde de no respetar á ningún hombre de los presentes, excepto al rey. Este la reconoce, la recuerda, y le pregunta los sucesos que á aquel trance la han traído.

Estas escenas son, por decirlo así, de relleno, y bastante inverosímiles, así como la siguiente entre el alférez y el sargento, que se aparecen como llovidos, para decirnos que la Santa Hermandad anda revolviendo el monte de punta en cabo para atrapar á la Serrana, á quien ellos no dejan también de tener temor, por lo que se entran por lo más fragoso. Caen la noche, para que el capitán, que viene detrás, pueda empezar su monólogo con la siguiente invocación, que hace esperar en vano verle arrepentido, como el Tenorio moderno en el panteón de su familia:

Noche oscura, madre helada
Del engaño y la traición,
Que al amante y al ladrón
Dás de una suerte posada.

Ni aun como poesía responde este monólogo al interés de la situación.

Vé una luz en la choza de la Serrana y llama.

GILA. ¿Dentro? ¿Quién es?
CAP. Un perdido soy

GILA. que no acierto donde estoy
CAP. ¿Dónde vais que así os perdeis?
GILA. (Mujer es.)

GILA. ¿No respondéis?
CAP. Perdi las mulas ayer,
y un amigo por correr
tras ellas, y me perdí
justamente, pues así
perdido supe ganarme,
vengo en vos, Serrana mía...

GILA. (Esa voz conozco.)
CAP. El día

con vos podrá acreditarme,
porque soy hombre de bien,
y el talle es informacion.

GILA. Muy pocos hombres lo son,
CAP. aunque lo dicen tambien.
GILA. El comenzar por desden
es señal que he de ganar.

GILA. Achaques (¿) queréis mostrar
CAP. de amor.
GILA. Soy achuchillado (¿)

GILA. ¿Sois de Plasencia?
CAP. Y honrado.

GILA. ¿Conocéis en el lugar
CAP. gente?

GILA. A los más principales,
que sangre Plasencia dió
con tanto valor.

GILA. Pues yo
CAP. soy de los Carvajales.
GILA. Al mismo rey son iguales.

(Aquí desgraciadamente hay en el manuscrito dos versos ilegibles por lo gastados.)

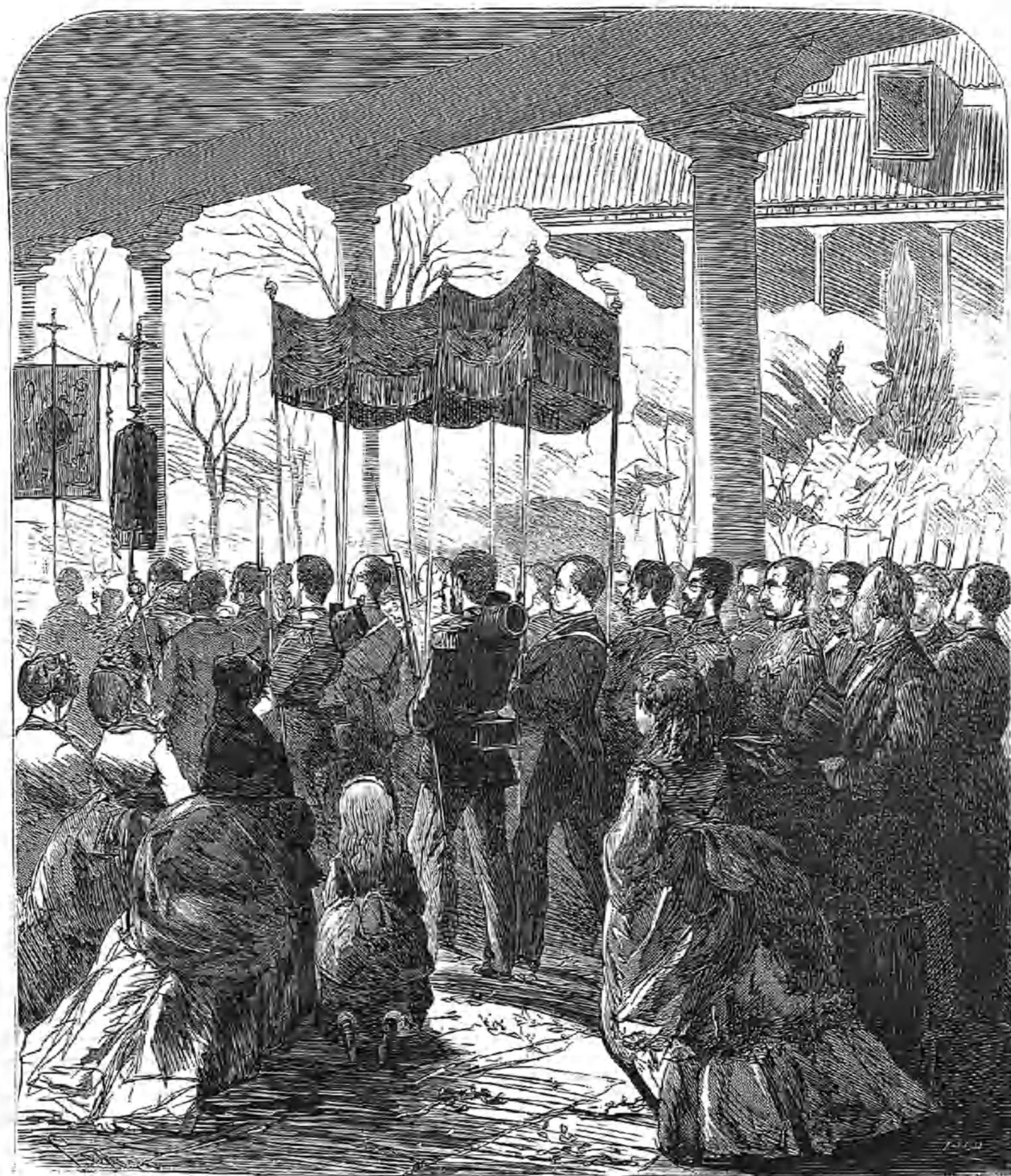
...mi sospecha.
CAP. De la guerra
vuelvo á vivir á mi tierra.

GILA. A buen puerto habéis llegado.
CAP. ¡Noche, piedad has tenido,
pues que me has restituído
la ocasión que me debías!

El capitán reconoce á la Serrana; pero en su duro corazón no cabe el arrepentimiento, ni aun cuando entre tierra y rencorosa ella le dice que ha conocido á otro que

era tambien capitán
como vos, y se llamaba
don Lucas y se preciaba
del apellido que os dan;
muy traidor y muy galán,
muy noble y muy fementido,
muy falso y muy bien nacido,
muy valiente y muy cruel,
y á la fé, sino sois él
que me lo habéis parecido.

El capitán quiere retroceder. No halla pretexto para alejarse. Lo dramático de la situación sube de punto.



VENTA DE S. M. EL REY AL HOSPITAL GENERAL.—COMUNION A LOS ENFERMOS.

GILA. Vos parecéis hombre honrado,
y daros posada quiero.
CAP. No, Serrana, qué el lucero
de la aurora, desafia
á la noche con el día;
yo agradezco ese favor,
quedaos adios.
GILA. No, señor;
mi huésped habéis de ser.
CAP. Estais sola y sois mujer,
y yo estimo vuestro honor.
GILA. ¿De cuándo acá lo estimáis?
CAP. Desde el día en que nací.
GILA. Mentís, que hay testigo aquí
de que verdades no habláis.
Yo soy Gila.

La reaccion de los dos caracteres es eminentemente dramática y natural. Gila, que en los primeros momentos ha reprimido su enojo, quizás esperando el arrepentimiento de su burlador, recobra sus instintos de fiera,

mientras don Lucas, aterrado por aquel encuentro en tal hora y tal lugar, se envilece y se rebaja á sus mismos ojos, produciendo en ella el efecto contrario que se propone.

CAP. Gila, palabra te di
de ser tu esposo. Aquí estoy.
Tu esposo y tu esclavo soy.
GILA. Ya es tarde, ingrato. De aquí
has de volar, pues por tí
al cielo he sido traidora
con tantas culpas.
CAP. Señora...
GILA. No hay riesgo que mi honra extrague.
(Se arroja al terreno)
¡Quién tal hizo que tal pague!
y caigase el cielo ahora.

Como todo el drama parece escrito de primera intencion, que lo demuestran sus incorrecciones, sus infinitas tachaduras (que alguna llena más de dos hojas, que

están cogidas con un alfiler, ya mohoso y gastado) (y como la accion acaba con la muerte del capitan, desde aquí se arrastra lánguida, sin interés, y acaso por esto no pudo representarse. Todos los cuadrilleros de la hermandad de Plasencia acuden á deshora, cercan á la Serrana y se apoderan de ella. Tambien acude su padre como alcalde de Garganta la Olla y los vecinos del pueblo. Llévanla á la ciudad para ajusticiarla. El único rasgo digno del autor de *El Diablo Cojudo*, que estas escenas ofrecen, es el siguiente: Cuando está próxima al suplicio, llama á su padre y á sus amigos, con tal naturalidad, que uno dice:

Querrá encargarme el alma.
GILA. Llegate más.
GIRAL. Ya me llegó.
¡La oreja, ingrata, me arrancas
con los dientes!
GILA. Padre, sí,



CAMPAÑA DE CUBA.—ATAQUE DE LA TORRE ÓPTICA DE COLÓN, EN SINTO, POR LOS INSURRECTOS.

que lo mereas quien pasa por las libertades todas de los hijos. Si tú usáras rigor conmigo, al principio de mi inclinacion gallarda, yo no llegára á este extremo. ¡Escarmienten en tus canas, y en mí los que tienen hijos!

Indescifrable el resto por las tachaduras, parece haber sido el definitivo plan del autor que acabe en tragedia, pues así la llama en la antefirma.

Tal es la obra inédita y casi desconocida de Velez de Guevara, ménos rica que la de Lope de Vega en detalles

poéticos; pero más ajustada á la tradicion y á la verdad en cuanto á los hechos y á los personajes que intervinieron en las aventuras de la *Serrana de la Vera*. Ahora el lector, con los perfiles de uno y otro cuadro podrá trazarse en su imaginacion el que más le plazca, seguro de que la poesia ni la tradicion no han de proporcionarle nunca mayores esclarecimientos.

V. BARRANTES.

Traduccion literal del artículo biográfico que vió la luz pública en el periódico portugués *A. Folha*, en febrero de 1871.

DON MANUEL MARÍA JOSÉ DE GALDO.

El doctor Galdo es la personificacion del trabajo. Laborioso, activo é inteligente, ha empleado los cuarenta y cinco años de su vida en comisiones importantísimas, en trabajos científicos y discusiones políticas. Es tan popular en España, como querido en Portugal; popula-

ridad y estimación á que tiene un derecho incontrovertible tan ilustre ciudadano.

Nacido en Madrid de una familia modesta, pero honrada, Manuel María José de Galdó estudió primeras letras en las Escuelas Pías de San Anton, distinguiéndose muy luego en las aulas de latín y matemáticas. De aquí pasó á la Universidad, donde estudió con notable aprovechamiento los tres años de filosofía. Más tarde recibió el título de regente de primera clase en ciencias. No había abandonado todavía los bancos escolares, cuando á consecuencia de una reforma radical hecha en 1845 en el ramo de Instrucción pública por la creación de algunas cátedras, entró en el propio año á desempeñar el cargo de ayudante del Sr. Gracia en el Museo de Ciencias naturales; habiendo merecido ser nombrado catedrático para regentar una de las nuevas cátedras en Madrid: la de historia natural.

Crear cátedras es fácil; pero encontrar persona apta para regentarlas dignamente, es por cierto bien difícil, mayormente cuando el ramo de la enseñanza es completamente nuevo en el país.

Sin embargo, el novel catedrático, trabajando con el ardor propio de sus pocos años, imprimió una nueva forma á esta clase de estudios, y aprovechando los materiales de sus lecciones, adiestrado en la experiencia del magisterio y en largas vigilias, escribió una obra original magnífica (la primera en su género en España), la que desde entonces sirve de texto en la enseñanza de esta asignatura. Este importante libro, del cual se habían hecho, hasta 1867, siete ediciones (la última ilustrada con trescientos cuarenta y dos grabados), es un estudio concienzudo, que ha servido de base á la enseñanza de la historia natural en los institutos de España. Nombrado catedrático por oposición, gracias á sus brillantes ejercicios, no vió en su nombramiento un título de descanso sino antes bien un motivo para ensanchar el horizonte de su infatigable amor á la ciencia. El espíritu de este hombre eminente, siempre inquieto é investigador, no halla nunca momento de reposo. Cuanto vé, cuanto oye y cuanto lee, es para él materia de estudio.

¡Asombra tanta actividad! La mitad del tiempo que le deja libre el estudio, le emplea en hacer proyectos y en buscar los medios de realizarlos. Su verbosidad, sus buenas maneras, su carácter expansivo y llano le hacen apto para las comisiones más delicadas. Su celo por los asuntos ó encargos á que voluntariamente se somete y las simpatías de que goza entre los estudiantes le recomiendan para apaciguar todos los conflictos universitarios. No satisfecho con el grado de doctor en ciencias y con el de licenciado en medicina y cirugía y dado por inclinación al estudio de las altas cuestiones filosóficas del derecho, cursó todas las asignaturas de jurisprudencia que terminó con los aplausos de que era digno, recibiendo la investidura de licenciado en derecho civil y canónico. Sin ofender á nadie, bien puede asegurarse que el doctor Galdó es el profesor más popular de España.

Cuenta 24 años de antigüedad en el magisterio y ha regentado simultáneamente dos cátedras frecuentadas por 500 ó 600 alumnos cada una, pudiéndose calcular en más de 40.000 los alumnos que han recibido el beneficio de la instrucción de tan reputado profesor.

Hemos dicho que el doctor Galdó, por su natural bondad y por su claro talento, es apropiado para toda clase de servicios literarios; y en efecto, de tantos tribunales científicos se han constituido en España, desde há ya muchos años á la fecha, Galdó ha formado parte siempre, ya como presidente, ya como secretario.

No contento con pertenecer á todas las academias y sociedades científicas existentes en su país, desempeñó cargos en todas ellas, á costa de su quebrantada salud algunas veces, siempre á satisfacción de sus consocios.

Invitado por el virey de Egipto, visitó el Nilo y asistió á la inauguración del Istmo de Suez, donde representó á España.

Su amor á la ciencia lo trae en continuo movimiento. Emplea el invierno en preparar sus viajes científicos para el verano, y en esta estación amontona materiales para estudiar durante el invierno.

Así que termina el curso, sale de España, y nuevo Jason, va á proseguir sus estudios al extranjero. Conoce todos los sistemas ó métodos de enseñanza de Inglaterra, Francia, Bélgica y Alemania, los cuales ha tenido ocasión de estudiar profundamente en sus viajes sucesivos por estos países, cuyas universidades, bibliotecas, academias y colegios jamás se cansa de visitar. La práctica en la enseñanza y el conocimiento profundo que tiene de la instrucción pública de los demás pueblos, dan al doctor Galdó excelentes condiciones para el cargo de director de Instrucción pública.

De todo esto tiene dadas abundantes pruebas en sus escritos y conferencias, en las academias y ateneos.

El catedrático de historia natural escribió en 1859 y publicó *Los tres reinos de la naturaleza*, obra ilustrada con láminas, que ha obtenido un éxito brillante entre los hombres de ciencia.

El doctor D. Manuel María José de Galdó es catedrático propietario de la Universidad de Madrid, y está encargado además de la enseñanza de mineralogía, nociones de geología y botánica de la facultad de ciencias. Es licenciado en medicina y cirugía. Licenciado y doctor en ciencias. Licenciado en derecho civil, administrativo y canónico. Sócio de mérito de la Academia médica de Santiago. Sócio honorario de Madrid. Miembro de la Sociedad geológica de Francia. Sócio correspondiente de la Real Academia de Ciencias físicas y naturales de la Habana. Sócio correspondiente de la Sociedad de ciencias médicas de Lisboa y sócio de la Asociación de abogados de la misma. Sócio fundador de la Antropológica española y honorario de la de París. Vocal de la Real Academia de Ciencias de España. Sócio del Instituto de Coimbra y comendador de la orden portuguesa de Nuestro Señor Jesucristo.

Es notable que hombre tan eminente no ostenta en su pecho la cruz de Carlos III.

Estas son las condiciones científicas que en él concurren. Las literarias son ménos importantes, segun lo acreditan los trabajos publicados en algunas revistas, en que se revela su predilección por los estudios científicos.

Hombre dedicado al estudio, es extremadamente modesto, estuvo largo tiempo apartado de los vaivenes de la política, aunque rindiendo fervoroso culto al dogma santísimo de la libertad de sus hermanos y al bienestar de la patria.

En la *Festividad Progresista*, en los comicios, en las reuniones políticas, apareció un día el doctor Galdó, y desde luego dió á conocer, que si era hombre de ciencia, no ménos sabía ser político distinguido; que el orador académico poseía también el mérito de inflamar á sus conciudadanos en el celo de la causa pública. Presidente del distrito del Hospicio se granjeó desde luego el afecto de sus correligionarios. Hubiera sido diputado en 1861, si el partido progresista no hubiera optado por el retraimiento. Amigo de los hombres políticos de más talla en los diferentes partidos, todos le aprecian por su patriotismo, por su fe, por su honradez y su talento suficientemente probado. Bien que el Sr. Galdó no sea un hombre de acción en toda la extensión de la palabra, contribuyó en alto grado, y en diferentes sentidos, á que se llevara á cabo la revolución de Setiembre.

Elegido por mayoría concejal del Ayuntamiento de Madrid, prestó tales servicios, que habiendo salido el presidente Rivero para encargarse del ministerio de la Gobernación, mereció de sus conciudadanos la honra de ser nombrado Alcalde primero de la capital, y en tal concepto comandante general de los 20.000 voluntarios de Madrid, en cuyo puesto fué tal su conducta, que mereció los aplausos de la prensa de todos matices. Tampoco debe ocultarse que en los últimos días de la dinastía borbónica fué más de una vez señalado por las iras del poder.

Terminemos, pues, este verdadero bosquejo, satisfechos con haber indicado á los portugueses un hombre que honrando las ciencias de Europa, es además gloria y ornamento de esta hermosísima península.

J. SIMÕES DIAS.

REVISTA

DE LOS TRABAJOS DE LAS ACADEMIAS Y SOCIEDADES CIENTÍFICAS ECONÓMICAS Y LITERARIAS.

Algunas semanas han transcurrido desde nuestra última revista, pero no se crea que nuestro silencio haya sido motivado por no tener que dar cuenta á los lectores de LA ILUSTRACIÓN de nuevos trabajos, de nuevas recepciones públicas y de nuevas dificultades. Las tiene hoy, y no en escaso grado, la vida literaria de nuestro país, porque todo lo absorbe la política y nada más que la política; pero no adelantemos quejas sin haber dado á conocer ántes motivos de grata enhorabuena.

Los tiene, á no dudarlo, la Academia Española con la entrada en su seno del Sr. D. Manuel Silvela, reputado juriconsulto, esclarecido escritor y hombre político de mucha importancia. Tuvo lugar la recepción pública el día 28 de marzo último, y le contestó en nombre de la corporación el no ménos celebrado escritor, juriconsulto y político, D. Antonio Cánovas del Castillo. El tema del nuevo académico tenía por título: *De la influencia ejercida en el idioma y en el teatro español*

por la escuela clásica, que floreció desde mediados del postrer siglo. Interesante asunto tratado con tanto interés como habilidad por el Sr. Silvela.

En efecto, negar, segun dijo, en absoluto el benéfico influjo de una escuela en que figuran como escritores Cadahalso, Meléndez Valdés, Jovellanos, Triarte, Cienfuegos y Muratín, y como preceptistas y críticos Luzán, Mayans y Capmany, fuera un absurdo en que nadie que se precie de amante de las letras ha podido incurrir todavía; pero es indudable que, á consecuencia de la revolución literaria llevada á cabo por la escuela romántica que se enseñoreó de España desde 1835, se han desconocido los servicios prestados á la ilustración patria por los llamados clásicos, contra quienes se han dirigido cargos, que aún subsisten, y que con facilidad pasmosa se reproducen sin reflexion ni crítica. La decadencia política en que cayó España al terminar la dinastía austriaca, ejerció, como no podía ménos de ejercer, pernicioso influjo en la literatura; y perdidas la severa sencillez y la robusta entonación de nuestros grandes escritores, empezó á dominar el estilo culto-metafórico-altisonante del caballero Marín, que, para desdicha de las musas españolas, había alcanzado el favor de Góngora y otros ingenios y que, en manos de sus imitadores degeneró en el conceptismo y discreto, para venir, de degradación en degradación, á terminar en el retruécano y la chocarrería. Cita para comprobar esta verdad, el Sr. Silvela, numerosos trozos y fragmentos de composiciones históricas, literarias y piadosas, así en prosa como en verso, de escritores del siglo XVII y primera mitad del XVIII, y no vacila en asegurar que salvas algunas llamadas de verdadera inspiración, que se hallan en las obras de D. Ignacio y D. Gabriel Alvarez de Toledo, del doctor Torres, D. Francisco Benegual, y Gerardo Lobo, todas las producciones de principios del siglo XVII adolecían de la misma extraña mezcla de altisonancia y chabacanería, dominando unas veces el estilo de *rosaleses*, como lo apellida Luzán, y otras la jergonza de *claves*, *pirronomasias* y retruécanos más vulgares. La reacción en favor del buen gusto literario no fué, como en toda reforma, sin largo período de predicación, de apostolado, de lucha; y aquella reacción apuntó con la publicación del *Diario de los literatos*, se redujo á cuerpo de doctrina con la severa *póstica* de Luzán, y recibió consagración oficial con la justa preponderancia y merecido crédito que alcanzó la Academia Española, con su acierto al proponer escribir las *Reglas de buen gusto en el pensar como en el escribir*. Hé aquí por qué en medio de numerosos y todos á cual más á propósito ejemplos, exclama el Sr. Silvela: «Para apreciar los servicios prestados al habla castellana por los insignes escritores que capitanearon el movimiento clásico, preciso era recordar á qué extremo la habían llevado los que les precedieron en el campo de las letras; para estimar en lo que valen los esfuerzos de Cadahalso, Meléndez, Muratín el padre, Jovellanos, Fórner y otros ingenios, por devolver á la poesía el brío, la majestad y la dulzura, y á la prosa la sencillez, el nervio y la elegancia de sus buenos tiempos, indispensable era poner á la vista los versos y la prosa en que escribían sus émulo y adversarios, para aquilatar, en fin, la importancia de los *Orígenes del Teatro* y de las obras dramáticas de Inarco, importa la manera traer á la memoria lo que eran las representaciones escénicas de su época. Hecho esto, queda demostrado el inmenso servicio prestado á las letras españolas por la restauración clásica, iniciada al mediar el siglo XVIII.» Y más adelante, con no ménos verdad, dice el nuevo académico que los clásicos franceses fueron los que dieron á la literatura de su patria el carácter que aún hoy ostenta, y al idioma la forma que todavía conserva. Los clásicos españoles, realizando una aspiración, ciertamente más modesta, se limitaron á ejercer una reacción saludable contra los extravíos literarios de un siglo de decadencia, y á restaurar las letras, que ya otras, con más vigor, con más inspiración, pero ménos delicado gusto, habían creado en España.

Con tanta atención como gusto y nobles muestras de aprobación, fué oído también el discurso de contestación del Sr. Cánovas. La Academia Española quedó, en fin, altamente honrada con los dos discursos leídos en su seno el día 28 de marzo, porque con ellos se honraron las ciencias y las letras españolas, y como si tuviese afán por no desmentir jamás sus antiguas glorias renueva sus miembros, eligiendo, en lugar de los que fallecen paulatinamente, otros no ménos afamados hombres de estudio y de ciencias. Así merece ser conceptuado también el Sr. D. Cayetano Fernández, digno é ilustrado sacerdote que ingresó en la misma corporación el 17 del corriente, ocupando el puesto vacante por la muerte del poeta D. Ventura de la Vega. Intituló su

discurran: *La verdad divina da eminente esplendor á la palabra humana.* Digno asunto de tal corporación y acertadamente escogido por un académico eclesiástico. —Contéstole el Excmo. Sr. marqués de Molina.

Hemos comenzado nuestra breve revista por las novedades más recientes que nos ha ofrecido una de nuestras más distinguidas Academias. Manifestemos ahora lo que han hecho también otros centros eruditos, cuyas tareas merecen llamar sobremanera la atención de los lectores de este periódico.

Al dar cuenta la Academia Nacional de Nobles Artes de San Fernando de las sensaciones que ha recibido durante el año último, expresa emociones dignas de tenerse en cuenta, por más que sean ciertamente poco gratas, porque responden á otras deducciones que han hecho también otros cuerpos literarios de nuestro país, y que manifiestan las inmensas dificultades con que tienen que luchar los buenos estudios. Recuérdense nuestras revistas anteriores, y se hallará en ellas el eco fiel de las quejas de todas las Academias: apatía en el país, falta de protección y de recursos por parte de los gobiernos. «Si consideramos, en efecto, dice la Academia de San Fernando, la inopia casi absoluta de recursos pecuniarios que hemos padecido, y que ha sido causa que se paralicen completamente los trabajos de nuestras publicaciones; si atendemos á la languidez y falta de actividad de los cuerpos provinciales, nuestros delegados, á la movilidad y frecuentes variaciones del personal que los constituye; si recordamos las pérdidas irreparables que hemos sufrido; si fijamos nuestra atención en la escasa cooperación y falta grande de sentimiento artístico que encontramos en los pueblos y en las autoridades locales, y en la especie de desden con que acogen nuestros constantes esfuerzos por conservar lo que ellos desprecian, por restañar lo que ellos sin escrúpulo destruyen, motivos hallaremos más que suficientes para que el desánimo y el desaliento se apoderen de nosotros, y muy pronto llegaremos á resolver el abandono completo de nuestras útiles y civilizadoras tareas; pero si reflexionamos que todos esos males reconocen por causa principal la ignorancia de cierto linaje de estudios, que á nosotros toca promover y cultivar; que esa ignorancia no se destruye, sino que se aumenta con nuestro desvío; que la falta de recursos pecuniarios, que la movilidad del personal, que la poca cooperación de que nos lamentamos proceden principalmente del estado de efervescencia social en que se encuentra España, estado bien natural por cierto en un país que atraviesa un largo y penoso período de reconstitución política; que, á semejanza de lo que sucede en la vida física de los insectos, es hasta natural que por algún tiempo, y mientras se opera la transformación, el país presente ese período de entorpecimiento, inacción y muerte aparente, y se encierre en su capullo para romperle después y desplegar á la vista del mundo las brillantes alas de la inteligencia que no estaba apesadumada sino adormecida; si consideramos que los individuos merecen, pero las corporaciones se perpetúan, y que los que desaparecen, no sólo son reemplazados por otros, que con nuevo vigor levantan la carga que ellos depositaron en tierra, sino que puede decirse que permanecen entre nosotros, representados por sus obras imperecederas, por su siempre vivo recuerdo, por su ejemplo constantemente propuesto á nuestra imitación; si recordamos, por último, que el destino de la Academia, constituida, como hoy lo está, en centro y modelo de las provinciales y de las Comisiones de Monumentos, consista en ser el eje fijo é inmovil alrededor del cual giren todas con perfecta regularidad de movimientos, recibiendo de ella la inspiración y el ejemplo, permaneciendo en constante comunicación con ella, como los puntos de la periferia con el centro por medio del radio, recibiendo su impulso, transmitiendo su acción y devolviéndola después por un movimiento reflexivo los frutos de su trabajo, comprenderemos fácilmente que no llenaría este elevado destino sino redoblase sus esfuerzos cada vez que surge un nuevo obstáculo, si no se desvelase cada día más para combatir aquí la ignorancia, allí la apatía, y para avivar en todas partes el sentimiento artístico amortiguado y próximo á desaparecer. Por eso la Academia, que lo ha comprendido así, lejos de dejarse dominar del desaliento, ha procurado desplegar actividad, reanimar el espíritu de sus delegadas las comisiones de monumentos con sus circulares y sus amistosas amonestaciones, excitar respetuosamente en las altas esferas del gobierno, haciendo uso de la iniciativa que los Estatutos la conceden, los recuerdos de nuestras pasadas glorias artísticas é históricas, momentáneamente oscurecidas y como agostadas por el calor de los debates políticos, y dar en todas partes y por todos los medios posibles á la moribunda crisálida el calor y el alimento que necesita para

que se elabore pronta y perfectamente la penosa transformación que está sufriendo.

Triste es, por cierto, repetimos, la manifestación que hace la Academia; pero consuela al menos el entusiasmo de que se hallan poseídos sus individuos. Y verdaderamente que no sólo las causas expuestas son las únicas que contribuirían á desanimar á tan docta corporación, pues también la pérdida de activos é inteligentes individuos de su seno vendría á paralizar sus trabajos, si otros no menos dignos no ocupasen tan distinguidos puestos. Lamentase en el año anterior la pérdida de los Sres. D. Anbal Alvarez y D. Narciso Pasqual y Colomer, y de D. Francisco Enriquez Ferrer y D. José Paria, todos hábiles y renombrados arquitectos. Mientras por un lado ha sufrido la Corporación tan sensibles pérdidas, por otro han entrado á compartir en ella sus tareas, ó entrarán en breve, los Sres. Cañete, Cubas, Cueto y Palmarelli. Así la vida intelectual parece que se difunde siempre y aun perfecciona en estos centros científicos y literarios, renovándose con nuevos miembros, no menos útiles y dignos, que la parca insensible también arrebatará algún día celosa de sus servicios y de sus méritos.

Reseñar uno por uno los asuntos en que, ya por iniciativa propia, ya respondiendo á excitaciones ó órdenes del gobierno, se ha ocupado la Academia en el año último, sería interminable tarea. Indicáremos, no obstante, los principales. Ha informado al gobierno acerca de la conservación de la capilla de Nuestra Señora del Pópulo, en Cádiz; sobre la iglesia de San Miguel de Sevilla; sobre la conveniencia de reorganizar la comisión encargada de formar el Reglamento de la Calcografía nacional; acerca del derribo del convento de Santo Domingo de Madrid; sobre los modelos presentados al concurso para ejecución de la medalla conmemorativa del Convenio de Vergara; para que se exceptuase de la venta el pinar contiguo al monasterio de San Juan de la Peña (Huesca); sobre un proyecto de reforma del reglamento de atribuciones de los maestros de obras, y apoyando la reclamación de la comisión de monumentos de Zamora acerca de la cesión á la misma del templo de Monjas Marinas para museo de antigüedades cristianas. También ha dado informe sobre el expediente de enajenación del solar del convento de Santo Domingo de Madrid; acerca de la conservación y destino de los objetos arqueológicos que puedan describirse en las excavaciones de la Vega baja de Toledo; sobre el estado de la cúpula de la iglesia de las Calatravas; sobre la conservación de los objetos artísticos del monasterio del Paular, y sobre adquisición de cuadros de autores modernos como medio de estímulo á los artistas. Ha dirigido asimismo exposiciones al Gobierno acerca de la adquisición de un retablo de mérito antiguo existente en poder de un particular de Barcelona, para que no se enajenen las casas del Patio de Banderas del alcázar de Sevilla, para la conservación del patio del edificio de San Marcos de León, y para que no se derribe la iglesia de las Calatravas de esta corte. Igualmente ha pedido se declare monumento nacional la casa llamada del *Arco del* en Barcelona, y que todos los museos se pongan bajo la inspección de las comisiones de monumentos. Reprodujo asimismo la exposición proponiendo las bases y medios para la formación de los catálogos de los museos provinciales, y ha pedido á la Diputación y Ayuntamiento de Barcelona la creación de un Museo de antigüedades. Como comisión central de monumentos, ha informado, en fin, sobre el resumen de las tareas de la comisión provincial de Zaragoza en el primer semestre de 1899: ha expuesto la necesidad de reparar las armaduras y cubiertas del monasterio de Veruela, reclamando los fondos necesarios al efecto; ha dado su parecer acerca de la conservación, restauración y destino de la Alhambra de Granada; ha apoyado una exposición de la comisión de monumentos de Granada, sobre la verdadera interpretación del decreto de las Cortes Constituyentes que dispuso la entrega al de Fomento de la Alhambra de Granada, con sus jardines y accesorios; ha hecho observaciones al ministro de Fomento acerca de la creación de un Museo de antigüedades hebreo árabigas en el edificio de la Alhambra; ha interesado á la comisión de Burgos para la conservación de los restos de los sepulcros de los Manriques de Padilla, existentes en el ex-monasterio de Frés del Val, y á la de Cádiz sobre la conservación de la capilla de San Juan de Letran, en la villa de Vejer.

Sin embargo, á pesar de tantos y tan continuados desvelos, la Corporación de que nos ocupamos no está satisfecha.

(Se concluirá.)

FLORENCIO JANER.

LITERATURA CALLEJERA.

Hay un barómetro infalible para apreciar al primer golpe de vista los grados de cultura, las costumbres, los vicios, las virtudes, la prosperidad, la miseria, en una palabra, el estado político, moral y mercantil de un pueblo. Este barómetro está siempre al aire libre, al alcance de todas las miradas, y es: *la rotulación*.

Esas múltiples, multiformes y multicolores inscripciones que se destacan de las fachadas, esquinas, balcones, portadas y azoteas de las casas, y en que apenas fijamos la atención los que estamos habituados á verlas diariamente, son otros tantos manantiales de estudio para el filósofo, para el filólogo, para el artista, para el calígrafo y especialmente para el extranjero que desea conocer por estos signos exteriores el carácter del pueblo que visita por primera vez.

No tengo la pretensión de tratar bajo un aspecto filosófico este asunto, que se prestaría á trascendentales consideraciones. Sólo me propongo apuntar á la ligera las ideas que me vayan ocurriendo á medida que repaso algunas notas de mi cartera, tomadas una tarde mientras pasaba sin objeto las calles de Madrid.

Lo primero que salta á la vista cuando se fija la atención en las inscripciones públicas, es el extraño contraste que forman los rótulos de los particulares con los del municipio destinados á dar á conocer los nombres de las calles y plazuelas. Adviértase en los primeros la tendencia, muy natural y muy lógica, á hacerse comprensibles del mayor número de personas, á facilitar su lectura desde la mayor distancia posible; al paso que los segundos parecen como que se han propuesto esquivar las miradas del transeunte, ya elevándose hasta la altura de los pisos segundos, ya ocultándose entre los adornos de las fachadas, ya, en fin, acurrucándose unas contra otras las letras que los forman, de manera que desde la calle sólo se divisa una mancha negra. Algunos de estos rótulos llevan su travesura hasta el punto de disfrazarse con abreviaturas é iniciales, sin duda para desesperación de los extranjeros excesivamente curiosos.

Dejo, pues, la rotulación oficial, ya que no hay por dónde cogerla, y voy á hablar tan sólo de la particular.

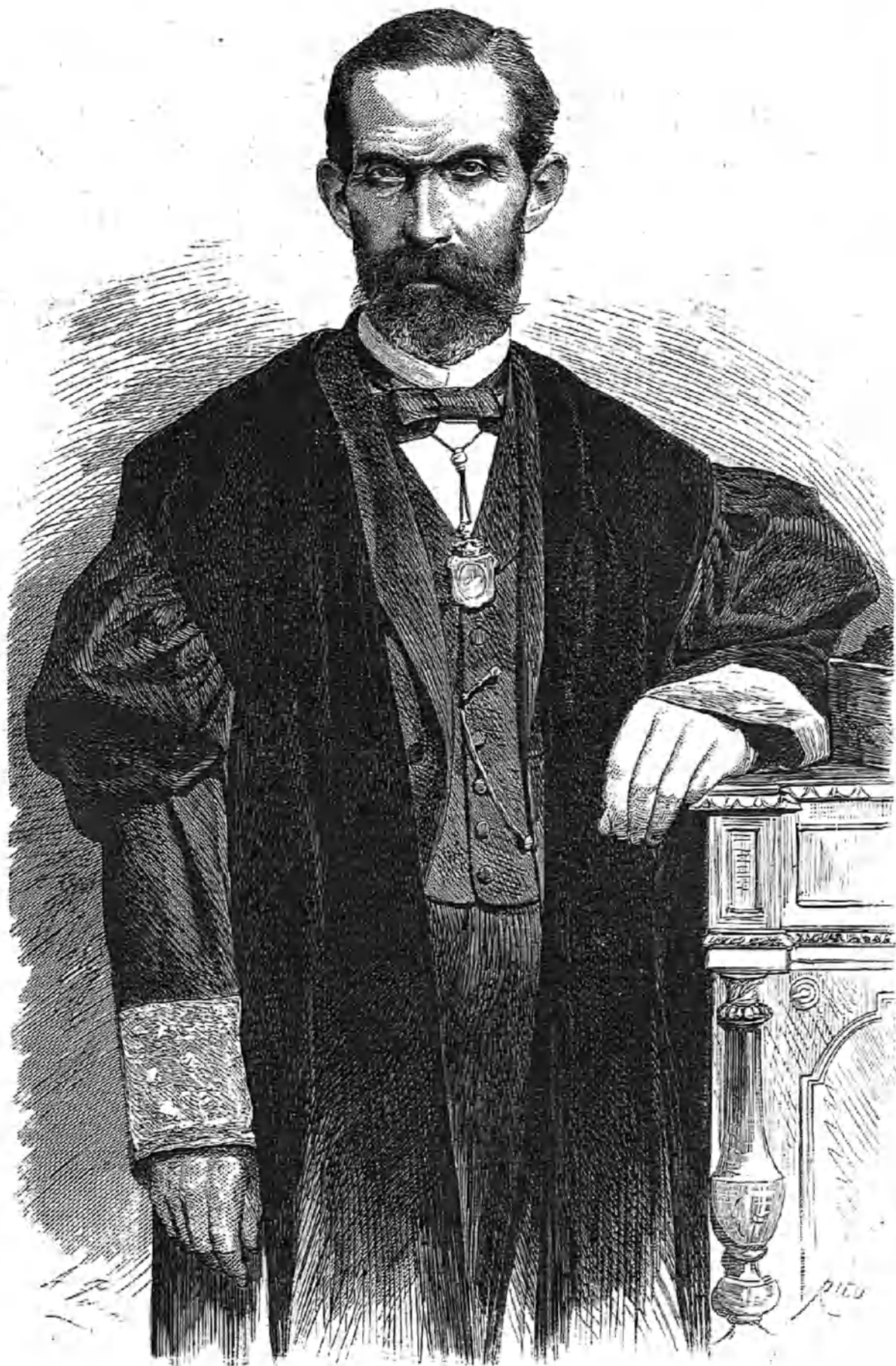
Al considerarla en su conjunto y advertir las graves faltas de sentido gramatical y hasta de sentido común que muchas inscripciones contienen, por el poco cuidado que generalmente se pone en su redacción, me ocurre preguntar: ¿No habría medio de corregir estos defectos, que vienen á redundar en mengua de la cultura de la corte? ¿Por qué el municipio encargado de velar por la buena policía urbana, no establece un negociado ó sección de *corrección de estilo*, haciendo obligatoria la presentación de un modelo ó copia manuscrita de las muestras que hayan de exponerse al público? La libertad individual no podría resentirse por ello, como no se resentiría porque se prohiba sacar ropas desde los balcones, regar las macetas y hacer otras mil cosas que ofenden á la decencia, á la comodidad, al olfato ó á la vista del público.

Seguro ya de que bastarán estas indicaciones para que las cosas sigan como están, vuelvo á mi asunto.

Aparte de las infinitas subdivisiones de que son susceptibles, las muestras pueden dividirse en dos clases ó grupos principales, á saber: jeroglíficas é inscripciones. Ó de otro modo: muestras formadas de figuras simbólicas que representan con más ó menos propiedad los géneros ó objetos que se exponen en el establecimiento, y muestras compuestas exclusivamente de letras, por más que esta circunstancia no siempre implique la obligación de ser legibles.

La muestra-jeroglífico, tiene sobre la muestra-rótulo incontestables ventajas, siendo la principal la de hacerse universalmente comprensible, al paso que la segunda sólo se dirige á las personas que saben leer. La criada más refractaria á toda noción de silabario, al ver sobre la portada de una tienda pintado un fornido mozo con los brazos desnudos, arrodillado delante de una piedra, en actitud de triturar queso, adivina desde luego que allí se fabrica chocolate, como adivina por la hechura de los uniformes y por el color de los vivos, el regimiento, el batallón y hasta la compañía á que pertenecen todos y cada uno de los soldados que pasan por la calle.

Otra ventaja de esta clase de muestras es la de que generalizan mucho más que los rótulos la idea que quieren expresar. Por ejemplo, un lienzo de dos pies cuadrados donde se representa un hombre de medio cuerpo, con la cabeza tirada atrás y empujando un porron, quiere significar, no sólo que en aquel establecimiento hay vino, y que aquel vino se expende, y que aquel vino se puede beber, sino que el susodicho líquido



DON MANUEL MARÍA JOSÉ DE GALDO.

se puede beber allí mismo y se puede beber en porron. Para expresar todo esto en palabras escritas sería preciso embadurnar de letreros la fachada de la casa.

Consideradas bajo otro punto de vista, las muestras de que voy hablando ofrecen ancho campo al artista para desarrollar su genio. Una robusta pasiega se presenta en el taller de un pintor de muestras, llevando una tabla de las dimensiones de medio pliego de papel, y le dice:

—¿Me sabría usted hacer una vaca encima de esto?

—Sí, señora, contesta el pintor con aire de suficiencia.

—Es que yo la quiero grande.

—La haré grande.

—Es que ha de tener leche.

—La tendrá.

—Es que se ha de conocer que tiene mucha y buena.

—Está bien.

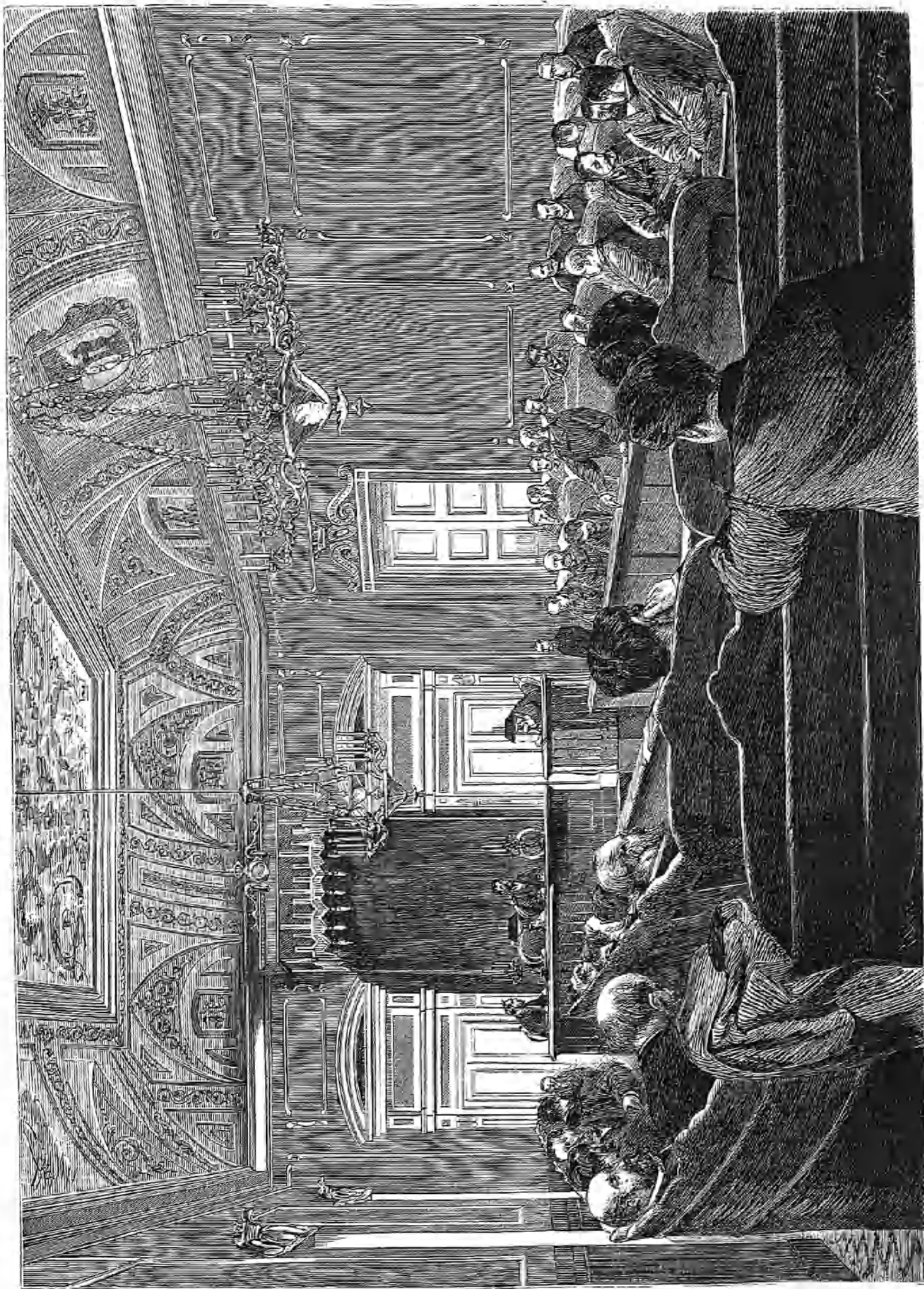
—Es que se ha de ver que todos los días sale á pastar al campo.

—Descuide Vd., que quedará contenta.

Después de regatear mucho sobre el precio, que por último se fija en cinco reales y medio, el pintor entrega aquella misma tarde su cuadro que, á juicio de *los inteligentes*, llena perfectamente las condiciones del trato. Sobre un fondo verde ha pintado un cuadrúpedo rojo con un cuerno. No quiero decir que haya pintado con un cuerno en lugar de pincel, sino que el cuadrúpedo pintado tiene un cuerno, no divisándose el otro por la posición de la cabeza del animal. Para expresar que el supradicho cuadrúpedo es vaca y no buey, ha puesto á su lado un ternero. Para que se comprenda que la va-

ca es grande, la representa comiendo las hojas de la copa de una encina. Para demostrar que tiene mucha leche, ha procreado (y ha conseguido en efecto) que aparezcan con un desarrollo casi hipertrófico aquellos órganos destinados por la naturaleza á segregar el precioso jugo alimenticio. Por último, para demostrar la buena calidad de la leche, están allí la encina verde, el suelo verde y el horizonte verde, que indican que la vaca respira un aire puro y tiene pastos frescos, nutritivos y sanos. ¿Qué más se puede pedir por cinco reales y medio? Y sin embargo, muchos de mis lectores habrán pasado cien veces por delante de ese cuadro y de otros frescos parecidos que adornan las jambas de muchas lecherías, sin pararse á considerar el mérito que encierran.

He apuntado algunas de las ventajas de la muestra-



SALON DE SESIONES DEL AYUNTAMIENTO DE MADRID.

jeroglífico, y justo es indicar también algunos de sus inconvenientes. Los tiene, en efecto, aunque no tantos como la muestra escrita. Sucede á veces que, bien sea por culpa del artista, bien por capricho del que da el encargo y al asunto al pintor, las figuras que representa no dan una idea clara del objeto á que está destinada la muestra, lo cual puede inducir á graves errores y lamentables interpretaciones. Figúrate, lector, que te entretienes en pasar revista á una serie de muestras, de las cuales en una se ve pintada una botina, en otra un panecillo, en otra un sombrero, en otra una caja de muerto, etc.; desde luego dices: «aquí se hace calzado, aquí se hace pan, aquí se hacen sombreros, aquí se hacen stahudes.» Todo esto está perfectamente. Pero llegas á la calle del Horno de la Mata y ves un gran cuadro ovalado que representa un niño desnudo. «¿Y aquí que se hace?», te preguntas; y por más que discurras, no puedes darte cuenta de lo que allí se hace. A fuerza de escudriñar la muestra, alcanzas á divisar esta lacónica inscripción al pié del chiquillo en cueros:

FOR MAYOR Y MENOR.

Ahora bien, lector mio, por más que te devanes los sesos y aguces el ingenio y des toda la fuerza á la locomotora de tu imaginación, no acertarás á salir del atolladero de ese enigma. Todo lo más que podrás inferir es que en aquel establecimiento se fabrica, compra ó vende algo que se relaciona con un niño desnudo, y que ese algo (que es la incógnita que debes despejar) se vende, compra ó fabrica por mayor y menor. No pasarás de aquí, es bien seguro. Si al fin te das por vencido y te resuelves, para satisfacer tu curiosidad, á preguntar el significado de la muestra, sabrás con admiración que lo que quiere decir es que allí se venden sanguiuetas, y te harán notar sobre la epidérmis del chiquillo unas rayitas negras que representan los anélidos que allí se venden.

Cuanto vivimos en Madrid y conocemos ó hemos oído hablar del acreditado establecimiento de Nicod, comprendemos la significación del caballo de tamaño natural que se ostenta gallardamente en el balcón de un piso principal de la calle de la Montera. Pero si un extranjero se detiene á contemplarle y desea saber qué papel representa ó á qué sirve de anuncio aquel noble bruto, hé aquí lo que se le irá ocurriendo: que en aquella habitación se admiten caballos á pupilo, ó se adiestran caballos, ó se enseña á montar á caballo, ó se exhibe un caballo raro, ó funciona una compañía equestre, ó radica la sociedad de fomento de la cría caballar, ó cuando ménos, que en aquel local se expenden billetes para las carreras de caballos... Todo esto y mucho más podrá ocurrírsele; lo que no se le ocurrirá de seguro es que allí se construyen guarniciones, sillas, mantas y demás prendas del traje de los caballos. Si tras la vidriera de un taller de sastrería... Rectifico: si en el escaparate de una *confesioaduría* de ropas viésemos pintado un caballero en traje de Adán, podríamos suponer á lo sumo que allí se desnuda á la gente, pero no que se la viste. Pues ¿cómo un caballo en pelo puede servir para indicar que allí se viste á los caballos?

Pero advierto que ya es tiempo de decir algo de las muestras escritas. Por punto general, hay muy pocas de estas que reúnan las condiciones de claridad, concisión, propiedad y buen gusto que deben concurrir en esta clase de anuncios. Algunas, demasiado pretenciosas, acusan cierta fatuidad que suele estar reunida con la humildad del establecimiento donde campean. Recuerdo, entre otras, una colocada sobre la pequeña portada de una tienda de géneros comestibles en la calle de los Tres Peces, que se cuadra ante el público con esta pomposa inscripción:

LA 1.ª DEL SIGLO.

Una tienda de bisutería de la calle de la Montera abre su boca de doble guarnecida de dientes de vidrio y arroja este borbón de palabras falsificadas:

Á LOS CIN MIL BRILLANTES.

En la calle del Meson de Paredes, una barbería de portal se da á sí propia este jabon atómico:

LA PUERTA DEL SOL POR DENTRO.

Hay otro género de muestras, puestas en boga de algunos años á esta parte, que, bajo la capa de una humildad excesiva, encubren pretensiones verdaderamente olímpicas. Me refiero á las que contienen tan sólo un apellido, sin expresar la profesión, industria ó tráfico de

la persona que lo lleva. En efecto, á primera vista no hay cosa más modesta que estas cuatro letras doradas

COCÚ

colocadas delante de la balaustrada del balcón de un tercer piso. No puede darse nada más sencillo, más elegante ni más severo. Cocú es un honrado fabricante de peines, que vive con desahogo de los productos de su industria, auxiliado por su agraciada esposa, quien le prepara las primeras materias. Ha hecho de su arte una especie de religión, y crecía profanarla anunciándose con bómbo y platillos, como los charlatanes vulgares: así lo dice él mismo á sus parroquianos. Pues bien, el Sr. Cocú, bajo estas apariencias de modestia, se ofrece á mis ojos con las formas de una soberbia satánica, porque al exhibir tan sólo su apellido, da á entender que todo el mundo está en la obligación de conocerle, y que la perfecta elaboración de sus peines y la excelente calidad de sus astas, quiero decir, de las primeras materias que emplea, han alcanzado una fama cosmopolita.

También, como las muestras-jeroglíficas, pueden las muestras escritas dar ocasión á confusiones y errores. En frente de un rótulo que dice:

SE EXTRAEN CALLOS,

se lee otro de las mismas dimensiones que anuncia:

SE GUIAN CALLOS;

y el transeunte se queda perplejo entre ambos, sin acertar á explicarse si aquí se guisan los callos que allí se extraen, ó allí se extraen los callos que aquí se guisan.

No es tampoco muy comprensible el sentido de la siguiente inscripción que he visto en la calle del Fúcar:

NO DE CARNES FRESCAS Y EN

ni el de esta otra sobre la puerta de un barracón en las afueras de Madrid:

CASA PARA DORMIR MUELOS OBREROS;

si bien tratándose de averiguar su significado, vine á sacar en limpio que quería decir: *Casa para dormir los obreros.*

En una tienda de vinos de la calle de San Carlos hay una muestra que en letras de gran tamaño, y bastante bien pintadas por cierto, dice ni más ni ménos:

VINO POR EL PROPIO.

Muchas veces la confusión nace del deterioro que han sufrido las muestras, alterándose algunas de las letras que las forman ó borrándose otras por completo. Así suele leerse *CAFEBERIA* por *CAFETERIA*, *FABRICA DE BULAS* por *fábrica de belas*, *COMIDAS CON MUCHO ASEO* por *comidas con muchs aseo*, *SEDA DE COSEP* por *se dá de comer*, *COSA DE PRIMOS* por *casa de préstamos*, etc., etc.

No es raro tampoco que la desaparición de algunas letras de un rótulo haga decir á éste precisamente lo contrario de lo que quería expresar. Yo he visto uno, no recuerdo en qué calle, que sin duda debía decir ántes:

AQUÍ SE FACILITA DINERO,

y ahora dice:

AQUÍ VA I TA DINERO.

Con lo que, francamente, no puede transigir el sentido común, lo que no se concibe ni disculpa, lo que por ley de buen gobierno debiera proibirse, es ese purrito ridículo de muchos anunciantes que creen haber dado á sus muestras un carácter de alta novedad con anteponer al título de la tienda la preposición *á*. Yo no sé qué pito toca esa *A*, como no sea apuntar la inicial de un nombre que puede aplicarse al primero que importó de Francia tan extravagante moda. Cuando leo en la muestra de una lujosa tienda:

Á LA VILLA DE PARÍS,

me dan tentaciones de decir al autor de tal despropósito: «Hombré, venga Vd. acá; ni París es villa, ni por ahí se vá á París, ni aunque se fuera, tendría eso nada que ver con la índole del establecimiento que usted dirige.»

Otra cosa que no acierto á explicarme en algunos rótulos es el empleo de caracteres hebraicos, siríacos, etc., ó el afán de desfigurar las letras modernas, de manera que se haga difícil, sino imposible, su lectura. Yo desafío á todos los chicos que leen correctamente á que descifren la magnífica muestra del establecimiento de Isern, Carrera de San Jerónimo. Más fácil les sería descifrar un jeroglífico egipcio.

No digo nada de otra manía anticuarria que consiste

en marcar con números romanos la fecha en que se construye ó revoca un edificio. Todavía podría admitirse ese resabio si se redactase en latín toda la inscripción, pero es altamente risible empezarla en castellano y terminarla en latín, por ejemplo:

CONSTRUIDA EN MDCCCLXVIII,

cosa tan disparatada como lo sería esta otra inscripción: *Pridice kalendas februarii anno Domini mil ochocientos sesenta y uno.*

Mucho podría decir respecto á las cifras y abreviaturas que contienen algunas muestras y que dan lugar á erróneas interpretaciones; pero no quiero hablar de ello, sabiendo que la primera de nuestras corporaciones sabias tiene sobre la puerta del santuario, á modo de *lami*, este letrero:

ACAD. ESPAÑOLA.

Por otra parte, este artículo va haciéndose pesado y quiero terminarle, por más que no me faltaría materia para llenar algunas columnas de LA ILUSTRACION.

Hay muestras que parecen inspiradas por Perogrullo, como ésta en la calle de Cedaceros:

EL SOL SALE PARA TODOS.

descubrimiento importante, en verdad, aunque no tanto como el que arroja esta otra desde la calle de Relatores:

LA ABOREA TRATA DE MADERAS.

Las hay que resuenan como un grito de protesta contra los tiranos ó como un toque de generala. No sé si todavía existe, pero había hace poco tiempo en la calle de Lavapies una bandera (por fortuna no era roja sino blanca) con este lema:

¡FAYOR AL PUEBLO!

Añojo Valdepeñas, etc.

Otras hay que parecen hechas á posta para desorientar al comprador. Ahí está, que no me dejará mentir, una portada de la calle de Jacometrezo, que se rie del público mientras pregona:

GÉNEROS DE PUNTO,

y los géneros de punto que contiene la tienda son unas enantas banastas de huevos de gallina.

Las muestras ó, mejor dicho, carteles de los memorialistas, ofrecen abundante pasto diario á la gaceta de los periódicos, por cuya razón me creo dispensado de ocuparme de ellos. Únicamente trasladaré uno que ya ha adquirido cierta celebridad. Dice así:

POETA, ESCRIBIENTE Y MEMORIALISTA.

Se escriben cartas de amor

á precios módicos

y se envían gratis á su destino.

No son pocas las inscripciones públicas que, después de leídas una, dos y veinte veces, siguen resistiéndose á la comprensión con tanta tenacidad como resiste al embate de las olas la roca enclavada en medio del océano. Para muestra basta un botón:

A. QUIA TRAS LA DADO LA FILLA

D ORQUESTA VA PRENTE LATA

Ó NAVAJADA DÉS Á TODO MINGO.

¿Quién es el guapo que se atreve á disentendar esta madeja?... Déjalo, lector, no te causes, como yo tuve que cansarme para adivinar, más bien que comprender, tan sibilitico reclamo. La intención de su autor debió ser esta:

Aquí se ha trasladado el ajla-

ador que estaba frente á la taño-

na, Bajada de Santa Domingo.

Voy á terminar con una breve historia. Dos industriales se asociaron para crear un establecimiento de esmas de hierro. La víspera del día en que debía inaugurarse, presentó el pintor la muestra que se le había encargado y que era de cortas dimensiones, porque no permitía otra cosa el hueco de fachada donde debía colocarse. El texto de la inscripción era el siguiente:

Cosmas y cutros de acero

bravidos, pintados y con casetas

por

Bruno Quintana

y Segundo Diez Ochoa.

La muestra resultaba confusa y poco legible, como era natural, y se convino en la necesidad de reformarla; pero aquí empezaron las dificultades. El uno de los socios se oponía resueltamente á que se suprimiese ni siquiera una coma de la leyenda, y el otro quería á toda trance que las letras fuesen muy grandes para que llamasen la atencion. No habia medio de entenderse, y la discusion se iba agrandando en términos de comprometer seriamente la existencia de la sociedad, cuando un oficial de la casa, que estaba presente, cortó la disputa ofreciendo un procedimiento para modificar la muestra sin aumentar las dimensiones de la tabla, sin suprimir palabra alguna y dando mayor desarrollo á las letras.

El modelo del oficial fué aceptado con entusiasmo, los dos socios hicieron las paces, el pintor se llevó la muestra para reformarla, y al día siguiente pudo abrirse al público la tienda con esta ingeniosísima inscripcion:

K + Y K3 DE AC

BRUNIS, PINTAS Y CILINEFAS

FOR

BRI 4ª NA

Y 2ª 10 3ª

Y ahora, lector, si quieres ver el rótulo más oscuro de cuantos han salido á la pública espectacion, yo te le enseñaré... Ahí lo tienes:

FERNANDO MARTIN REDONDO.

EL MELOCACTO.

HISTORIA PARA LAS NIÑAS CASADERAS.

I.

Concha era una de esas mujeres que en nuestra sociedad positivista resuelven difícilmente el gran problema á que consagran su juventud, á saber: dada un alma frívola y un deseo immoderado de alcanzar por medio del sacramento la mayor suma posible de goces materiales, encontrar un marido.

El corazón de Concha era como la lenteja de un péndulo: servia únicamente para marcar en sus entrañas el ritmo de la vida. Sus apetitos mundanos estaban, en cambio, dotados de una poderosa energía: el número de sus deseos era igual al de las imágenes tentadoras que pasaban ante sus ojos. La existencia de Concha se descomponía en estas tres funciones esenciales: ver, desear, consumir.

Para ella un hombre no podía constituir un marido sino en virtud del siguiente polinomio: el hombre, más el coche, más el palco, más la modista.

Es ocioso añadir que todos estos gérmenes de devastacion yacian en estado latente en el organismo de Concha, por la sencilla razon de no haber encontrado aún su fuerza fecundante: el matrimonio. Los vapores del capricho, de la envidia, de la vanidad, eran los fenómenos exteriores que denunciaban la existencia de estos internos focos de consumcion.

¿Quién seria el infeliz mortal designado á abrir esta caja de Pandora? ¿A quién estaria reservada la poco envidiable dicha de poseer á esta aventajada hechura del siglo?

No faltaban devotos que andaban describiendo círculos alrededor del falso ídolo... pero qué círculos, bellas lectoras! (Habeis seguido alguna vez con la vista la órbita insidiosa del perro cazador que acoche á una víbora de brillantes colores, buscando ocasion de cogerla por donde no le muerda? Pues de este modo rodeaban á Concha sus adoradores.

Ahora bien: entre estos perros de caza habia un faldero, esto es, uno de esos animalitos soñadores que cierran los ojos y pierden el instinto de la libertad así que sienten el calor de un regazo cubierto de seda.

Salva la comparacion, este ser eminentemente doméstico se llamaba Federico, y era un mozo bien heredado, entusiasta, romancesco; por lo demás, un corazón de oro. Era una de esas cabezas generosas de las cuales se apodera el vértigo así que se asoman á un vacío cualquiera, hácese precipicio ó mujer. Federico no amaba á Concha; era su fantasía la que daba el calor de la fiebre á la pasion de que se veia arrebatado; pero es indudable que aquel brillante fuego fatuo ejercia sobre su espíritu una peligrosa fascinacion.

Concha empleaba dos magnificas linternas para buscar un hombre; es decir, el ciento por ciento de ventaja sobre el procedimiento de Diógenes. Nada más bello ni

más profundamente explorador que sus ojos meridionales... ¡Qué ojos, bellas lectoras! ¡Lástima que dos diamantes negros de tan raro valor no estuviesen engastados en oro!

Concha creyó ver en Federico la solucion del problema: una vez encontrado el hombre le sujetó, en progresion ascendente á las pruebas de la iniciacion, y vió que ofrecia condiciones de marido, ó lo que es lo mismo, que era de naturaleza bastante dócil para plegarse á todos los caprichos de una mujer como ella.

Cuando creyó que era llegada la plenitud de los tiempos, Concha quiso poner término con la última prueba al periodo de preparacion.

Era una hermosa tarde del mes de mayo; los alientos embriagadores de la flora del Mediodía llegaban á la reja donde soñaban los dos amantes, el uno con un paraíso poblado de vapores, la otra con una casa tapizada de raso. Federico aspiraba con placer los perfumes de los jardines cercanos, y se envenenaba en los ojos de Concha.

Desde la reja se dominaba una galería que coronaba la tapia de un jardín inmediato. Esta galería estaba llena de macetas, y entre ellas se veia una de porcelana que contenia un melocacto, de cuyo espigoso vientre partia en líneas diagonal un capullo solitario que daba á toda la planta el aspecto de un botijo.

Concha exclamó de repente:

—¡Ah! Pronto se abrirá la flor misteriosa.

—¿Qué flor? preguntó Federico.

—La de aquel melocacto de la maceta de porcelana, que hay en aquella galería. ¡Cosa rara, Federico! Esa planta no produce más que una sola flor en cada primavera. No parece si no que Dios la ha criado para ofrecer con ella á un ser querido la imagen de un solo y único amor, renovando eternamente el símbolo de su constancia... ¡Ah, Federico! añadió la jóven, haciendo asomar á sus mejillas el falso carmin de la pasion; ¡quiero recibir de tu mano esa flor que va á nacer!

II.

Bajo la impresion que produjeron en su imaginacion infamable la mirada y el acento de Concha, Federico se lanzó á la calle exclamando:

—¡Poco es una flor: el robo de Prometeo renovaria yo con gusto por agradar á esa mujer!

Peró como el robo, por sublime que parezca á veces en teoria, no deja de ofrecer en la práctica serios inconvenientes, como lo prueba el empeño que muestra el socialismo por elevarle á las nociones del derecho, Federico resolvió intentar primero las vías ordinarias para satisfacer el deseo de Concha.

Dirigióse al jardinero de la casa en que radicaba el simbólico melocacto y le ofreció muy buen dinero por la flor. Pero el jardinero rechazó la proposicion, alegando que el melocacto era la planta predilecta de su señorita, y que su amo le quebraria una pierna si su hija echaba de ménos la flor.

—Pues no hay otro remedio, la robaré, dijo resueltamente Federico al salir de la casa.

Y desde aquel instante el jóven se consagró al impropio trabajo de acechar día y noche la galería, esperando el momento decisivo en que, abierto el capullo codicioso, fuese preciso realizar la expropiacion inmediata de la efimera flor.

Así pasó tres días y tres noches, sin observar en medio de las tinieblas la radiacion de dos ojos vigilantes que observaban todos sus movimientos.

Una tarde el capullo del melocacto desplegó por fin su blanca y opulenta corola, cambiando el aspecto de la planta de botijo en regadera. Al observar la trasformacion descendá, Federico corrió á su casa, preparó la escala de cuerda que tenia dispuesta para el caso, y esperó con impaciencia las altas horas de la noche.

Estaba nublado y la oscuridad era completa, como casi siempre que se va á cometer un delito. La galería no tenia más elevacion que la del piso entresuelo; de suerte que el escalamiento no era obra de romanos. La calle estaba desierta, Federico arrojó á lo alto el extremo de la escala, cuyos ganchos hicieron presa en el antepecho, y trepó á la galería.

Peró no bien hubo puesto los piés en ella, cuando al volver á un lado los ojos se encontraron en presencia de una extraña figura que se destacaba en negro sobre el umbral de una puerta adonde llegaba escasamente la luz interior de una habitacion que debia pertenecer al entresuelo.

Y al propio tiempo Federico oyó estas palabras pronunciadas con tono lánguido y quejumbroso:

—Entra, no te detengas; te lo ruego encarecidamente: no me dejes encerrar los consejos de este revólver que tengo en la mano!

Federico no desmintió la invitacion. El aparecido, que era un señor viejo, alto y enjuto, le guió á un gabinete contiguo á la galería, y con la misma voz doliente que tan mal propósito habia resonado ya una vez en los oídos del jóven, le convidó á tomar asiento en su sillón. Acomodóse él en otro delante de Federico; dejó el revólver en el asiento de un sofá que habia al lado, y alzando con dificultad sus párpados reblandecidos, perpétuamente entornados sobre el iris descolorido de sus ojos grises, entabló con Federico el siguiente diálogo:

—Sé quien eres y á lo que vienes; pero he querido ahorrarte un delito y á ella un remordimiento.

—¿A ella? ¿Cómo habrá sabido, dijo entre sí Federico, que es el deseo de una mujer el que me ha traído aquí?

—Dime una sola cosa: ¿es ella quien te ha arrestrado á cometer este crimen?

—No puedo negarlo.

—Está bien; sea, ya que lo ha querido.

—Ménos mal, pensó Federico; se desprende del melocacto.

—Escuchad; jamás planta preciosa ha sido criada con más esmero.

—Fanatismo de horticultor: esa clase de plantas se crían de cualquier modo.

—Tus palabras son amargas; pero encierran una dolorosa verdad!... Acabemos: ¿venias por ella?

—Venia sólo por la flor.

El quejumbroso personaje exhaló un suspiro.

—¡Calla! Tu franqueza me asesina... No abuses de la tolerancia de este revólver: no quiero cargar mis cansados años con el peso de un crimen. Escucha: á pesar de lo que he visto, á pesar de lo que me dices, aún confío en su inocencia. Espérame aquí: voy á sorprender la verdad en su semblante; voy á ver si has tenido la infernal destreza de convertir á un ángel en un monstruo de liviandad y de hipocresía.

La última palabra del apenado viejo se resolvió á terminar en otro lastimoso quejido; levantóse lánguidamente del sillón y salió de la estancia.

III.

Federico se quedó atónito.

—¡Es loco, dijo entre sí; las flores le han vuelto el juicio: para él una planta es un ser inteligente y sensible, adberido á la tierra por un injusto capricho del destino... Me interesa su poética locura... Pero ¿y si esa insensato tuviera razon? añadió Federico saltando las alas á la imaginacion; ¿y si una mujer fuese una flor? ¿y si á impulsos de esa sublime demencia que se llama amor del ideal, un poeta pudiera despertar la vida y el sentimiento en lo más puro, en lo más bello, en lo más perfumado que existe sobre la tierra? ¿y si esa cita de amor, renovada todas las primaveras entre ese anciano y la flor del melocacto, fuese el resultado de una misteriosa comunicacion con el mundo sobrenatural? ¿No ha dicho Erasmo que no todas las que parecen aberraciones de los sentidos y del espíritu pueden llamarse demencia?

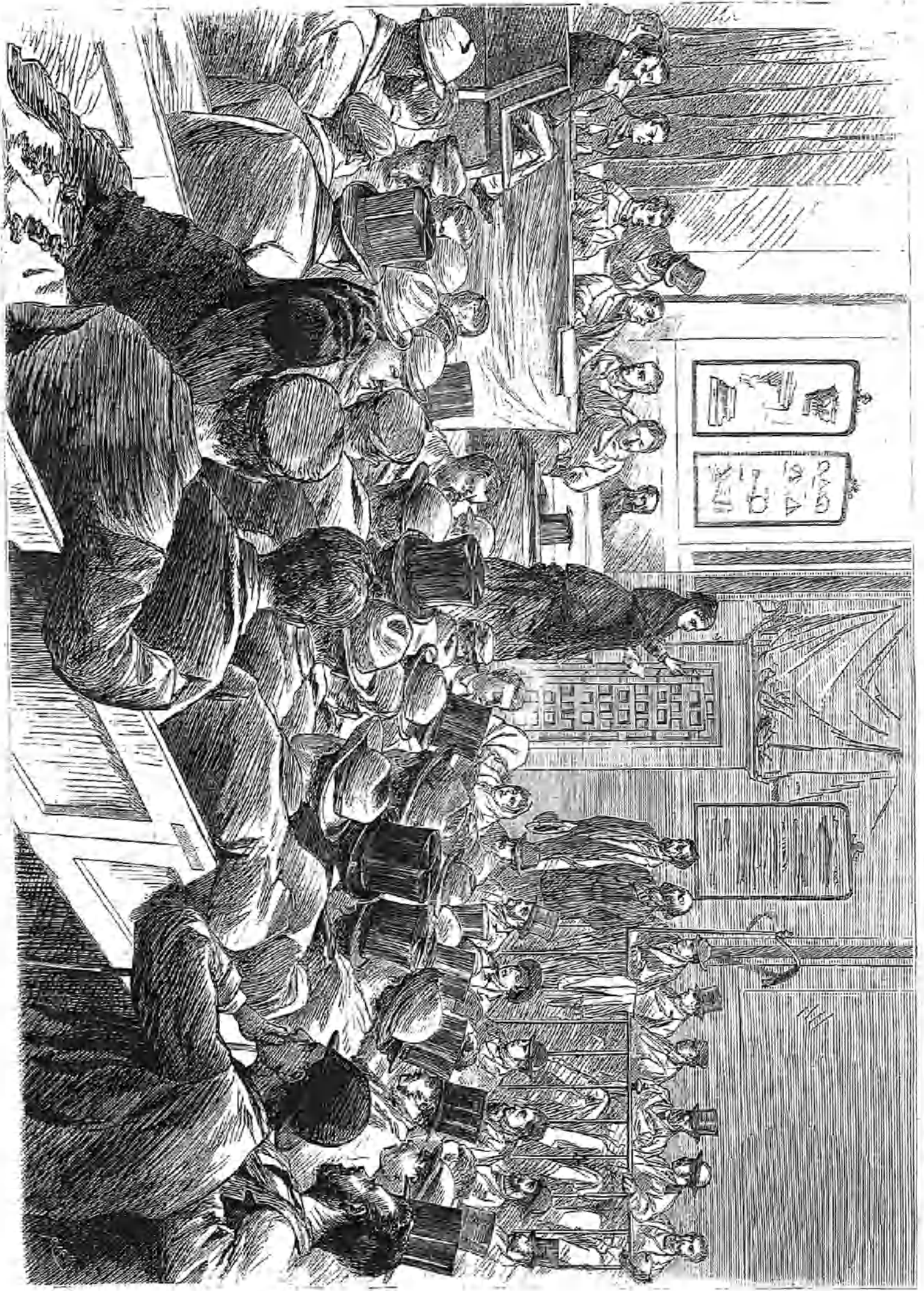
La imaginacion de Federico, sobrecitada por lo extraño de la situacion, por los estufios embriagadores que subian del jardín, y más que todo por la espontaneidad de su fuerza creadora, fué estrechando los círculos de esa fantástica espiral del pensamiento, hasta llegar á un punto fijo en que la ilusion abandonó completamente sus vagos contornos, revistiendo las apariencias de la realidad.

Y entonces la imagen del ser inteligente y sensible, producto de esta febril incubacion, se dibujó en su fantasía bajo la forma de una blanca y esbelta flor de melocacto. Y en el mismo instante la imagen tomó cuerpo, vida y movimiento, y se presentó á los ojos del jóven en la plenitud de su encantadora realidad.

La puerta del gabinete sirvió de marco grosero á esta bellísima aparicion. No era una flor (ya lo habrán comprendido más lectoras), era una mujer; pero una mujer que tenia en rigor algo de comun con las flores. El artificio del tocador no turbaba el armonioso conjunto de sus hechizos, borrando los contornos delicados é ingenuos de la naturaleza; su frente pura, sus mejillas ténuemense sonrosadas, no habian perdido aquella tersura virginal que la brisa y el rocío, inimitables aceites, dan á las flores; su seno, comparable á los espléndidos y apretados capullos de las grandes ninfas, más bien parecia formado para exhalar los perfumes del alma que para absorber los mismos abrasadores del deseo; y al propio tiempo su mirada, en que se reflejaba la llama de un corazón nacido para amar, vivificaba, sin desmentirlos, estos signos de pureza, irradiando sobre tan hermoso conjunto el color de la inteligencia y del sentimiento.

Al ver á la bella aparecida Federico dió un grito de

CONFERENCIAS DE LOS OBREROS EN SAN ISIDRO.



sorpresa, contemplóla por un instante, y dominado sin duda por la extraña ilusión que exaltaba su cerebro, exclamó con acento apasionado:

—¡Oh! ¡Yo conozco esa flor!

IV.

La graciosa aparecida se acercó á Federico y le dijo con dulzura:

—Las flores son efímeras; viven un día; pasan, y no vuelven... Así he pasado yo.

—¡Margarita!...

más... ¡y qué has encontrado?... Anda, añadió la joven mostrándole con el brazo extendido la puerta de la galería; ve á lastimarte las manos con las espigas de aquel melocacto. Fuerza es que te acostumbres á los abrojos.

—¡Margarita!

—Lo sé todo; todo lo comprendo. He visto la llama en que quieres quemarte las alas: su luz no es clara, no es pura, no es intensa; pero llena la vista: se parece á la de esos grandes diamantes falsos que tanto seducen á ciertas criaturas idólatras de la apariencia... Has querido comprar esa flor á mi jardinero; has ofrecido oro

después llegó Federico grave y circanspecto como un pecador contrito que prueba sus fuerzas contra la tentación.

Concha le dijo al verle:

—Gracias, Federico: he recibido el melocacto.

—Guárdale, Concha; es una planta benéfica; tiene virtudes medicinales.

—¿De veras? ¡y qué males cura?

—Las fiebres efímeras.

—¡Cosa rara! dijo Concha maquinalmente, procurando leer en los ojos de Federico el misterio que traslucía



DECORACION DEL PRIMER ACTO DE "LOS AMORES DEL DIABLO."

—Hasta el nombre es de flor... Me olvidaste.

—¡Oh! no, Margarita: tu padre te llamó á lejanas tierras... Te arrancó de mi lado...

—Y flor arrancada, es flor muerta.

—Pero no te olvidé, Margarita; no se olvida el primer amor.

—¡El primer amor!... ¿Pues cuántos caben en el alma?

—En la de los ángeles como tú, uno sólo.

—¡Pobres ángeles, Federico, siempre inmolados á los ídolos de barro!

—¡Margarita! si no he perdido tu amor, he sido un insensato... Habla para confundirme... ¿Me amas?

—Acaba de deshojarme y preguntáselo al último de mis despojos.

—¡Ah, sí, no me has olvidado, Margarita!... Pues bien, castígame. ¡Soy un malvado!

—No, dijo la joven sonriendo con dulzura y apoyando el extremo sonrosado de un dedo en la frente de Federico: eres un loco. Hay ahí dentro una cajita destemplada que no responde bien á las armonías de tu corazón... Porque tú no eres malo, Federico.

—¡Castígame!

—Ya lo estás. Me has hecho daño, y ni siquiera te queda el consuelo del egoísta. La Providencia puso cerca de tí la felicidad; te pareció poco bien; buscaste

por ella; has intentado robármela; te has expuesto á la cólera de un padre, alarmado por una falsa apariencia... Después de una prueba tan señalada, ¿qué no se puede pedir á un cortesano del capricho?

—¡No más, no más, Margarita! ¡Castígame, pero olvida!

—Con una condicion.

—Habla, ¿qué exiges de mí? ¡Mi vida es tuya!

—Mañana me alejo otra vez de tí.

—¡Te seguiré!

—No lo intentes, Federico, dijo Margarita con una entereza que contrastaba con su natural dulzura. ¿Quieres insultar mi cariño adjudicándome esa fácil palma de victoria ganada por sorpresa? No, Federico: volverás á ver á esa mujer; vivirás por espacio de un año cerca de ella... y si encuentras el antídoto en la atmósfera en que has encontrado el veneno... entonces vé á buscarlo...

—¡Acaba!

—Y seré tuya.

Federico cayó á los pies de Margarita.

V.

Concha recibió al día siguiente la maceta de porcelana con la planta espinosa; pero sin la flor. Poco tiempo

en las palabras y en el semblante del joven; pero yo no te pedi la planta; sino la flor. ¿No me la traes?

—La flor la he cogido para mí. No era lo que creías.

—¿No era una flor de melocacto?

—No; era una Margarita.

Federico no volvió á ver á Concha. Cumplido el año de penitencia, corrió en busca de Margarita y es el más dichoso de los hombres.

Al ver desvanecidas sus esperanzas, Concha se impacientó como un comerciante que equivoca por vigésima vez una operacion de multiplicar. Después olvidó á Federico y avivó la luz de sus dos linternas para continuar su trabajo de exploracion. Pero el tiempo pasa, y Concha no encuentra lo que busca. Sus hechizos se agostan; su sonrisa provocadora, helada ya por el tedio del deseo no satisfecho, se ha quedado yerta en sus labios como la del busto de cera que sirve de reclamo á un peluquero; su juventud se consume como la fruta en la rama del árbol olvidado.

Dentro de poco el tocador consumirá la mitad de su vida; la otra mitad el desengaño.

PEREGRIN GARCÍA CADENA.

SUEÑOS Y REALIDADES.

EN EL ANIVERSARIO DE LA MUERTE DE CERVANTES.

A una mesa de nogal
Que ocupan tinta y papel,
Sentado en ancho sillal
Un triste, de su hondo mal
Sacude el yugo cruzal.

Colgado del bajo techo,
Un candil con débil luz
Alumbra el recinto estrecho,
Que adornan un pobre lecho,
Una espada y una cruz.

Esa cruz, el limpio acero,
Atestiguan claramente
Que es cristiano y caballero
Quien con destino tan fiero
Aun tiene fé y es valiente.

Duerme y sueña que es dichoso,
Ni le apuran los agravios
Con que el hado rigoroso
De su alma ahuyentó el reposo
Y la risa de sus labios.

Aquel angosto aposento,
Que sólo alberga pobreza,
Pasó á ser por un momento
Mansion de dicha y contento,
Templo de fama y grandeza.

Sigue el poeta soñando
Allá en su pobre morada,
Los elementos poblado
De triunfos que va alcanzando
Con la pluma y con la espada,

Reyes, príncipes, señores,
En su libro el ócio emplean;
Olvida con sus primores
La juventud sus amores,
Los niños lo delectan.

Por él ve alcanzar España
Más gloria que por Lepanto,
Más que por la fiera saña
Con que entrambos mundos baña
De ríos de sangre y llanto.

Y la gente venidera,
Al meditar ese cuento,
Dirá:—Grande el pueblo fuera
Que tales obras tuviera
Por puro entretenimiento.

Y los males que sufrió,
Sus apuros, su pobreza,
Las cadenas que arcastró,
Hoy no le deshonran, no,
Son tímbrs de su grandeza.

¿Dónde están los que á porfía,
Henchidos de orgullo vano
Por los aplausos de un día,
Empañaron su valía
Negándole amiga mano?

Vedlos á sus piés postrados
Sirviendo de pedestal
Á su fama, deslumbrados
Por fulgores empañados
De su genio sin rival.

Y su patria, avergonzada,
Con tardía gratitud
Honra su humilde morada,
Y levanta entusiasmada
Una estatua á su virtud.

En profética vision
Esto Cervantes soñaba,
Y la halagüena ilusion
Á su herido corazón
En sueños alivio daba.

Y aunque tarda en despertar
De ese sueño de contento,
Al fin vuelve á contemplar
Los maros y el pobre ajuar
De su misero aposento.

Y á exclamar con amargura
Le obliga la realidad:
—¡Cuán poco la dicha dura!

¡Ay! ¡Un sueño es mi ventura,
Mi desdicha una verdad!

—¡Qué aprovecha el alborozo
Que inspira soñada gloria,
Si viro en un calabozo,
Y es cada aliento un sollozo,
Y un mar de llanto mi historia!

JAIME CLARK.

Madrid, 21 de abril, de 1871.

NO HAY DEUDA QUE NO SE PAGUE...

CUENTO ORIGINAL

DE

D. ALVARO ROMEA.

*Honora patrem tuum et matrem tuam, ut sis longævus
super terram, quæm Dominus Deus tuus dabit tibi.*

(Exodo, cap. XX., ver. XII.)

I.

Dios ha criado todos los seres que pueblan el universo con un objeto determinado, dicen los moralistas; yo, que soy un sér criado por Dios como cualquier otro de mi especie, no he podido adivinar todavía para qué objeto habré nacido. Sólo sé que hasta el presente no sirvo para nada útil, y lo peor del caso es que tengo trazas de seguir así. Encomendadme cualquier empresa, por fácil que á primera vista parezca, y es lo suficiente para que se torne difícil y salga al revés de como se piense. Si monto á caballo, generalmente suelo apearme por las orejas. Parece que á propio intento hizo Quevedo para mí aquel romance que empieza:

Partíme adrede mi madre,
¡Qué lá no me partiera!

Hé ahí, querido lector, por qué estoy temblando no poder cumplir el propósito que he formado de contarte una historia que tiene sobrado interés para que relatada por mí, des unas cuantas cabezadas al concluir el primer capítulo. Si hubiéraselo propuesto alguno de nuestros célebres novelistas modernos, no te faltara que leer durante algunos años, ni las imprentas *entregas que tiran*.

Yo, que no tengo nada de novelista, contentareme con referirte mi historia, es decir, la que voy á relatarte, que no tiene más de mía que el pertenecerme la primera de contártela, en tono de cuento, á estilo de aquellos que sin duda alguna te habrán entretenido cuando muchacho y que ahora no podrás escuchar ni siquiera media palabra sin aburrirte de fastidio.

Ya sabes, querido lector, el porvenir que te espera, conque si no quieres causarte más, haz punto en este semiprólogo y déjame á mí que ponga por obra mi proyecto.

II.

Hay no distante de un pueblo, cuyo nombre no hace al caso, una casita escondida entre frondosos nogales. Al pié de su puerta crece una parrá que viate sus paredes de riquísima verdura, sirviendo al propio tiempo de cortina á sus ventanas. Si yo sirviera para algo, hiciera aquí tal descripción de aquella casita y aquellos alrededores, que sin duda ninguna creyeras que aquello era la imágen del paraíso. Pero si yo pudiera pintarte el interior y los habitantes de la tal casita, sin duda ninguna que creyeras entonces encontrarte en el cielo.

Todos los morad res de aquel recinto se reducían á tres personas. Un pobre viejo que habia criado á Antonia, mujer más buena que el pan y madre de un ángel de quince años, llamada María, y de quien más de un mozo del pueblo inmediato habia dicho al verla los domingos cuando iba á misa:

No sólo en el mundo hay un
A quien poder compararte,
Y la encontré por ventura
Pintada en un estandarte.

Esta pobre gente vivía con holgura, si no con riqueza, y anticuada en sus costumbres, creían en Dios á puño cerrado y practicaban, sin fanatismo, los principios de la religion del Mártir del Gólgota. La tranquilidad de la conciencia, la virtud del alma y la fé del corazón, llevaban la paz más dulce que imaginarse puede al centro del hogar de aquella bienaventurada familia.

María, siendo niña, muy niña aún, habia perdido á su padre, y criada por Antonia con cariñosos cuidados, le habia transmitido la virtud de su alma, y el cielo, como recompensa, le otorgó la belleza de los ángeles. No conocía más mundo que el que la rodeaba, no entendía

más lenguaje que el del corazón y sólo hacia un año que sentía otro cariño distinto, pero tan puro como el que profesaba á su madre.

Harto conocía Antonia que no era María lo que poco tiempo ántes era: más de una vez habia visto teñirse en rosa el rostro de María. ¡Y cómo no ha de sorprender una madre á los primeros albores el amor en el alma de sus hijas, si los ojos son la lengua del corazón, y las madres no tienen más espejo que las almas de sus hijos!...

Y además, cuando se quiere de veras, como amaba María, todos lo habian de conocer porque,

¿De qué sirve que se quiera
Disimular la pasión,
Si en los ojos y el semblante
La escribe siempre el amor?

Manuel, que así se llamaba el galán de María, tenía en hombre un alma parecida á la que ella tenía en mujer. Eran tal para cual moralmente hablando.

En cuanto á su físico, á decir verdad, no puse mucha atención cuando le vi, así que no podré decirte una sola palabra de su figura; pero tú, si por ventura eres lectora, puedes imaginártelo como más te gustare ó como el que más te guste, y con eso encontrarás en este pobre cuento, algo que, de seguro, no has de desdenar.

Pedro, el viejo de que hace poco os hablé, preguntándole Antonia qué le parecía el novio de su hija, es fama que contestó:

No hay amor como el de madre.
Ni luz como la del día,
Ni hay hombre como Manuel,
Ni niña como María.

Con lo cual, si alguna repugnancia pudiera haber por parte de la madre, hubo desaparecido por completo. Conocía demasiado al tío Pedro, y con el cariño que á María profesaba, habíase de haber informado muy bien, ántes de contestar de aquel modo.

Por esta razón no oía, al parecer, rechinar á media noche las maderas de la reja del piso bajo que, por más friegas de aceite que entre María y Pedro de día le recetaban, siempre sus goznes cruzaban de noche como unos picaros. A pesar de ser tan parlanchina aquel demonio de ventana, aún no habia despertado ninguna noche á la buena de Antonia.

¿Qué pesado suelen tener el sueño las madres algunas veces!...

III.

Dejemos por un momento á nuestra buena Antonia, al tío Pedro, á María y á su novio, y vamos á visitar otra casa, situada en uno de los extremos del pueblo vecino, bastante diferente por dentro y por fuera de la que acabamos de ver.

Más grande y de mejor aspecto que la de Antonia, aunque no tan cuidada, era la casa de Francisco. En ninguna de sus ventanas habia siquiera una maceta donde pudiera crecer una miserable planta de albahaca. Esta última observacion puede, lector querido, que á primera vista te parezca una simpleza, pero en casa donde no hay flores, ó no hay mujer ó por lo menos mujer jóven.

Esta vez, sin embargo, no es exacta la apreciacion anterior; en casa de Francisco hay dos mujeres, una la mujer de éste, llamada Petra, y Carmen, hija de éstos.

Voy ahora á darte á conocer en breves palabras á estos tres nuevos personajes.

Francisco era un hombre de unos cincuenta años; su conducta, tanto de mozo, como de hombre, no habia tenido, ni tenia, absolutamente nada de ejemplar. Pasaba su vida en la taberna, dejándole á Jorge sin oreja de puro estirársela, y bebiendo más que un mosquito. Así, poco á poco, iba gastando los ahorros que á fuerza de trabajos le dejaron sus padres, despues de haber derrochado todos los de su mujer.

En el momento en que tengo la honra de presentártelo, se encuentra punto ménos que perdido.

Petra, su pobre mujer, estaba consumida por los disgustos que el bueno del marido la daba, y los no flojos que le proporcionaba su hijita Carmen.

Más de una noche habia pasado en claro la pobre mujer, esperando á su bienaventurado esposo, quien solia venir al amanecer hecho una ceba.

Carmen era una muchacha de veinte años, blanca como la nieve; sus cabellos rubios se parecían á los rayos del sol, sus ojos eran pedacitos de cielo y sus labios daban envidia á los corales. Alegria como unas castañuelas, lista como una ardilla, coqueta como pocas y con un alma, al parecer, más fría que el mármol, completan el retrato que de ella os estoy haciendo.

Viviendo en una atmósfera infestada, presenciando continuamente las desagradables escenas producidas

por los vicios de su padre, por más cuidado que Petronia en corregirla, desprestigiada é insultada las más veces esta pobre mujer por el jefe de la familia, había perdido á los ojos de Carmen esa influencia moral que da el cariño y el respeto á la virtud.

Aquella casa, en fin, solía ser las más veces una casa de orates.

Hé aquí por qué en casa de Francisco no había flores en sus ventanas. Si no había cariño en la familia, si no había cuidados para ellos mismos, ¿cómo había de haberle para seres extraños?

Carmen, como es natural, tenía su *quisque*, más por costumbre que por cariño. Sin embargo, esto no la impedía dar *cordelito* á todo el que se presentaba.

Verdad es que ella y Pepe, que esta era el nombre del amante favorecido, tenían poco que echarse en cara.

Á Pepito le venía de molde aquella copla:

El lunes me enamoro,
Martes lo digo,
Miércoles me declaro,
Jueves consigo,
Viernes doy celos,
Y sábado y domingo
Busco amor nuevo.

Él profesaba la máxima de que:

De puerta en puerta un pobre
Saca más cuartos,
Qué quedándose en una
Siempre parado;
Por esa cuenta,
Andaba en sus amores
De puerta en puerta.

Pero como en la vida hay momentos aciagos, cuando Pepa se fijó en Carmen estaba en uno de ellos, y tuvo la desgracia de quererla todo lo que él podía querer en el mundo.

Los mismos mozos, que al ver á María la comparaban á la Virgen, cuando pasaba Carmen la decían:

Un loquito del mozo
Me dijo en cierta ocasión:
Ni son todos los que están,
Ni están todos los que son.

¿Cuántas veces al mes de amores había recordado Pepe lo que sus amigos le dijeron cuando hubieron sabido sus nuevas relaciones?... ¡Pepe, le decían, mira que Carmen es muy loca, que va á hacerte muy desgraciado, y no pienses quererla corregir, porque ya no tiene remedio, y además:

Nunca cumples mala cosa
Pensando que amará,
Pues si las cosas egean
Los ojos, como es lo que harán?

IV.

Los últimos rayos del sol iluminaban la pura frente de María que, sentada frente á su madre, recomponía una camisa del tío Pedro, que á juzgar por las piezas que ya tenía, debiera conservar poco de su tela primitiva.

Antonia cosía también, y el tío Pedro, sin poder estar quieto ni un solo instante, iba y venía, trabajando mucho aunque no hacía nada.

(Se continuará.)

HERÓICA DEFENSA DE LA TORRE DE COLÓN,

EN EL DEPARTAMENTO CENTRAL DE LA ISLA DE CUBA.

No era posible que uno de los hechos más gloriosos de la ruda campaña, en la que tantas pruebas de valor y de patriotismo están dando nuestros soldados y los voluntarios de Cuba, dejara de ocupar un lugar preferente en las páginas de LA ILUSTRACION DE MADRID.

Ya que llegamos tarde para referir la defensa de la torre de Colón, como lo han referido todos los periódicos políticos que se publican diariamente, podemos tener la satisfacción de ofrecer en este número, á nuestros suscritores un grabado hecho sobre el detalladísimo dibujo que nos remite el corresponsal de LA ILUSTRACION en la Habana, dibujo tomado en el teatro del señalado suceso que añade nuevos y magníficos laureles á los que incansablemente conquistan nuestros hermanos en América, luchando con noble ardimiento por la integridad de la patria.

CONFERENCIAS POPULARES EN SAN ISIDRO.

Las discusiones que todos los domingos tienen lugar en la capilla de San Isidro han llamado la atención pública, y LA ILUSTRACION DE MADRID no podía dejar de ofrecer á sus lectores un grabado que representa una de esas conferencias que tienen grandísimo interés de actualidad.

Gran número de personas de las clases obreras, no pocas de las clases medias, acuden á seguir atentamente las discusiones que allí versan sobre cuestiones sociales de altísimo interés. La aparición oficial, por decirlo así, de la *Asociación internacional de trabajadores* en las conferencias populares de San Isidro, ha contribuido más aún á que la opinión pública se ocupe de las conferencias. No es este lugar á propósito para ocuparnos de las teorías que allí se exponen por algunos oradores, mucho más no siendo LA ILUSTRACION DE MADRID Revista destinada á la polémica, si bien es posible que bajo el punto de vista doctrinal y puramente de exposición, y evitando siempre intervenir en la discusión, trate alguno de los colaboradores que honran nuestras columnas, alguna de las cuestiones de economía social que merecen particular atención.

Algunos oradores conocidos ya por los principios individualistas que han sostenido, se han presentado en las Conferencias populares á combatir las teorías socialistas expuestas por algunos obreros, y esto ha dado más interés á las Conferencias, por la animación que trae consigo la controversia.

Por lo demás, la prensa política de diferentes matices se ha ocupado ya de las Conferencias populares de San Isidro, tratando el asunto en un terreno en el que nosotros no podemos entrar.

SALON DE SESIONES

DEL AYUNTAMIENTO DE MADRID.

Damos hoy el grabado que representa el salon de sesiones del Ayuntamiento de Madrid, digno, en efecto, de ser reproducido.

En este magnífico salon, preciosamente adornado de terciopelo, caoba y notables pinturas, se han dictado importantes medidas, se han seguido graves discusiones y se ha tomado en muchos momentos resoluciones de que dependía la suerte ó la ruina de la capital y de España misma. Esta sola consideración, ya que no el mérito artístico que realmente tiene, bastaría á dar interés á nuestro grabado.

COMUNION Á LOS ENFERMOS

EN EL HOSPITAL GENERAL DE MADRID.

En una de las últimas visitas hechas por S. M. el rey al hospital General, tuvo la ocasión de presenciar la comunión de los enfermos. Nosotros damos una fiel reproducción de este acto, que evoca en el corazón los sentimientos más puros de religión y piedad.

DON JOSÉ VALERO.

Grande es la tristeza que se apodera de los aficionados al arte dramático cuando, después de recordar las dolorosas pérdidas que la escena ha sufrido ya, vuelvo los ojos y contemplo á sus mejores actores en la edad en que los años van gastando las facultades más preciosas para el teatro.

Aún, sin embargo, hacen nuestras delicias y llenan la escena española artistas como el muy aglantado y estimado del público cuyo retrato hoy ofrecemos á nuestros lectores, y cuyo último beneficio tuvo lugar, no hace muchos días.

El Sr. Valero, artista de gran talento, de clarísima inteligencia, que tiene corazón para sentir y facultades para traducir enérgicamente sus sentimientos; que reúne el estudio al genio, y que tanto admira en la concepción como en los mínimos detalles de una obra, de un tipo cualquiera, mantiene las gloriosas tradiciones de Maiquez y de Latorre; su nombre se enlazará en el porvenir con estos ilustres nombres al lado de los de Guzman y Romea.

EL MONUMENTO DEL 2 DE MAYO.

A mi buen amigo y compañero de armas el coronel teniente coronel de artillería retirado D. Fernando de Gabriel y Ruiz de Apodaca.

Contempla ese elevado monumento,
Página insigne de preclara historia;
Página que recuerda á la memoria
De Daoiz y Velarde el ardimiento.

Mas no el que inspira sacrificio cruento
En los altares de mentida gloria,
Y al proclamar del fuerte la victoria
Quizá olvida su torpe fundamento.

No; los que mueren á la patria fieles
Si alcanzan en egregia sepultura
Brillo inmortal de bélicos laureles,
Esa pompa, ese mármol te asegura,

Que no siempre buriles y cinceles
Del hombre ensalzan la feroz locura.

LUIS VIDART.

Madrid 18 de abril de 1871.

DECORACION

DEL PRIMER ACTO DE "LOS AMORES DEL DIABLO."

Para que nuestros lectores puedan juzgar el lujo y propiedad con que el empresario Sr. Rivas piensa poner en escena las obras que ejecutará en breve la compañía de zarzuela contratada para el Teatro y Circo de Madrid, acompañamos á este número un grabado que representa fielmente la decoración del primer acto de *Los amores del diablo*, ópera cómica francesa, arreglada á nuestro idioma, y que debe inaugurar la serie de representaciones que comenzarán el 29 del actual, en el elegante coliseo propiedad del Sr. Rivas.

REVISTA MUSICAL.

"MARINA", ÓPERA ESPAÑOLA DE DON ENRIQUE ARRIETA.

Desde que nos dedicamos á la ingrata tarea de la crítica musical, esta es la segunda vez que tenemos que ocuparnos del distinguido compositor que á sus laureos artísticos agrega hoy la circunstancia de ser la primera representación oficial del arte en España.

Cuando juzgamos el *Potosí subterráneo* del Sr. Arrieta, no pudimos ejercer libremente el derecho de la crítica, por hallar en los elementos de ejecución de la zarzuela trabas suficientes para que el compositor se viera privado de toda la libertad y desembarazo que las concepciones musicales requieren.

No en vano evocamos hoy este recuerdo, puesto que al tratar de la *Marina*, zarzuela convertida en ópera española, nuestra pluma tendrá que tropezar necesariamente con mil dificultades originadas por el género ambiguo á que pertenece el último arreglo llevado á cabo por el director de nuestra Escuela Nacional de Música. En efecto, la circunstancia más digna en esta ocasión de tenerse en cuenta para la crítica, es la de pertenecer las condiciones esenciales de la *Marina* á un género especial adoptado en nuestro país desde hace tiempo, y para el cual costumbres arraigadas en el público han señalado la estructura que deben tener sus elementos constitutivos.

Con entera imparcialidad nos proponemos juzgar la ópera del Sr. Arrieta, ópera que, dividiendo las opiniones, ha dado lugar á apasionados debates en el público, si no en la prensa, que la ha acogido favorablemente en general.

Como ensayo para el planteamiento de la ópera española, ¿ha dado *Marina* el resultado apetecido? Juzgando esta cuestión, y no queremos juzgarla de otra manera, por las impresiones del público en general, no cabe duda que éste la ha acogido con gusto. Las representaciones de la obra, que tan concurridas han sido, lo prueban suficientemente.

Ahora bien: ¿reune la *Marina* las condiciones estéticas de una verdadera ópera? ¿Deben los compositores españoles tomar la obra del Sr. Arrieta por modelo de las óperas venideras?

Contestando á la primera pregunta satisfaremos estos dos puntos.

Desde luego negamos absolutamente con toda la convicción que nos presta nuestra buena fe, que la *Marina* pueda considerarse, con relación á los recursos del arte, como una ópera española. Esta afirmación, que á algunos parecerá tal vez tan atrevida como pretenciosa, es, sin embargo, muy fácil de probar, y se halla fundada precisamente en la violenta posición en que se hallará siempre todo maestro que quiera convertir en ópera una zarzuela suya.

Sabido es que en la zarzuela la música juega un papel por demás importante. El autor del libreto, de acuerdo con el compositor, tiene muy buen cuidado de crear para mayor lucimiento de este último, situaciones musicales compuestas de los hechos más culminantes y dramáticos del argumento de la obra. Para dar forma de ópera á la zarzuela no es necesario más que variar el diálogo hablado, empleando para esto las reglas líricas convenientes y añadir ó suprimir tal cual escena, tal cual situación, sin alterar, por supuesto, la esencia del argumento ni el giro peculiar de cada personaje en escena.

Hállándose, como ántes hemos dicho, en la zarzuela las mejores situaciones musicales, y verdad es esta que nadie podrá negarnos, ¿qué resta al encargado del arreglo del libro? ¿Qué situaciones puede éste ofrecer que reúnan la grandeza é interés que requieren las de una ópera? Y digamos ante todo que sobre estas situaciones secundarias tiene que trabajar el compositor para hacer una música de condiciones superiores, si la obra tiene que llevar dignamente el nuevo y glorioso nombre con que se la ha bautizado.

Las dificultades que entraña esta anómala posición del compositor y las consecuencias que acarrea son tan fatales, como podrán nuestros lectores juzgar por las siguientes breves consideraciones.

Dando como hecho consumado que la zarzuela destinada á la metamorfosis sea obra que haya alcanzado grande éxito, para que de esta manera, y sin prejuzgar la parte añadida, pueda el público tener la garantía de oír la con cantantes de talla y una masa instrumental superior, el compositor se halla en este caso en la situación siguiente. Si pretende encontrarse á la altura de la misión á él encomendada, como autor de una ópera, y acierta en las estériles ocasiones que el arreglo le ha de ofrecer; más claro: si la parte arreglada con los *parlamentos* de la zarzuela tiene todo el vigor y novedad de los cantos y recitativos de una ópera, entonces el compositor habrá faltado á uno de los grandes principios estéticos del arte: á la unidad. Separada la estructura de la música nueva de la que anteriormente ostentaban las piezas de la zarzuela, destruida la homogeneidad por completo; en una palabra, siendo la parte *ópera* de la *Marina* superior á la parte *zarzuela*, resultará grave perjuicio para el conjunto, y más si se tiene en cuenta que el maestro posee para la ópera recursos inmensamente mayores y más ventajosos que los que tenía á su disposición cuando compuso la zarzuela.

Si, por el contrario, la parte nueva resulta más débil que la primitiva, en este caso la cuestión magna de hacer de una zarzuela una ópera queda completamente anulada, con detrimento de la idea y de la reputación del compositor. Este rompe en el primer caso con la ley de la unidad, y en el segundo con todas, siéndole en extremo difícil salir victorioso en cualquiera de los dos por las razones que anteriormente hemos apuntado.

Hé aquí el verdadero laberinto de Creta en que se ha perdido el Sr. Arrieta, no sabemos si por obra y gracia de sí mismo ó de la empresa del teatro de la Ópera. No debe, pues, extrañarse que el autor de *Marina* no haya podido dar con el hilo de Ariadna.

El Sr. Arrieta, que había apurado ya todos los recursos imaginables de que podía disponer para la composición de una zarzuela cuyo argumento es magnífico en extremo, ha tenido la desgracia de elegir éste para su ópera. A los tiempos obligados de *barcarola* con el ritmo forzado de *negra* y *carchea* que tanto abunda en la zarzuela, ha tenido que aumentar otros más de la misma especie. La demasiada solicitud con que ha cuidado la unidad del conjunto, ha sido causa que los cantos nuevos aparezcan pálidos con relación á los que el público del teatro de la Ópera tiene costumbre de oír en dicho coliseo. Buena prueba de ello ha sido el segundo acto, compuesto casi en su totalidad de piezas nuevas, que han parecido muy inferiores á lo que del Sr. Arrieta podíamos esperar. La única pieza de este acto que pertenece á la zarzuela es el *concertante* final, cuyo *allegro*, cuando ménos, debía, en nuestro concepto, haberse variado. El Sr. Arrieta sabe mejor que nosotros que los *uniones en tiempo vivo* para orquesta, partes y coro, son de tan poco lucimiento, que raramente se ven empleados en las óperas, é no ser que aquellos tengan dimensiones muy cortas y expresen en las masas movimientos

de ira violenta, como en los finales de los actos segundos de *Politico* y *Saffo*, en que estos dos personajes se ven anatematizados por la fanática exaltación de sus enemigos. Los grandes *uniones* requieren siempre tiempos muy anchos para que la voz pueda ejecutar con descanso las convenientes inflexiones y prestar al canto todo el colorido deseado por el compositor. No citaremos más ejemplos que el de la *Bendición de los puñales* de los *Hugonotes* y el *aria* coreada de bajo de la *Vestale*, de Mercadante, cuyas piezas se han repetido siempre en el teatro de la Ópera, donde han producido, sobre todo la primera, un entusiasmo frenético.

En el coro de introducción del acto que nos ocupa, tenemos que señalar también una impropiedad gravísima. Después de unas cortas frases de los trabajadores, entonan estos una canción que comienza con estas palabras:

Marinero, marinero,
Que te lanzas á la mar,
De mis manos ha salido
Esa nave donde vas.

Los primeros tenores dejan oír *piano* la palabra *marinero*, especie de preparación del coro; la voz, cuyo apoyo es la *dominante* del tono en que está escrito aquel, ejecuta un salto ascendente de *tercera menor* y vuelve diatónicamente al punto de partida, es decir, que de las cuatro sílabas de la palabra *marinero*, la primera *ma* corresponde á la *dominante*, la segunda *ri* á la *tercera menor*, la tercera *ne* á la *segunda menor* y la cuarta *ro* á la *dominante*. Los dos intervalos menores de *tercera* y *segunda* prestan á este canto una impresión tal de tristeza y abatimiento, que más que el alegre y robusto grito de un trabajador, parece el quejumbroso y desgarrador ¡ay! de una persona que, atravesado el corazón de una estocada y luchando con las ansias de la muerte, pide auxilio con voz apagada. Y esto es tanto más de notar, cuanto que el coro prosigue inmediatamente en tono *mayor* y está escrito de una manera agradable y propia.

La crítica podría hacerse cargo de otras faltas como la estructura rutinaria de los recitativos y *fermatas*, la poca riqueza de instrumentación en general, los reminiscencias de otras óperas. Pero las circunstancias por las que ha atravesado el compositor son dignas de tenerse en cuenta, y por eso nos hemos extendido en enumerarlas, para que nuestros lectores juzgasen de nuestra imparcialidad, puesto que todas las razones que hemos dado anteriormente al hablar de las *zarzuelas-óperas*, atañen en gran parte los lunares de la obra.

Señalaremos como pieza muy bien comprendida y escrita con elegancia y novedad, el final del acto primero, *Felis morada donde naci*, una buena cadencia del *duo* del tercero y el magnífico preludio instrumental de este, que nos ha probado que el Sr. Arrieta maneja la orquesta sola con más lucimiento que cuando acompaña á las voces. Apesar de la persistencia con que se dejan oír años diseños compuestos de saltos diatónicos ascendentes y descendentes de quinta con los que el autor se ha propuesto sin duda imitar el balanceo de un buque; á pesar de la tenacidad de estos diseños, hay en este preludio una riqueza tal de armonía, una variedad de ins-

trumentación, está tan bien distribuida la sonoridad, tan bien tratado todo el conjunto, que no dudamos en calificar este preludio como una obra maestra del señor Arrieta. No puede darse preparación más digna para el brindis y terceto que le sigue, que este preludio tan dulce, tan apasionado, y en el que la trompa tiene un *solo* cuyas notas son verdaderas lágrimas. Si el señor Arrieta hubiera transformado su zarzuela en ópera, añadiéndola piezas como la que acabamos de citar y arreglando lo anteriormente escrito como lo exigían los elementos de la ópera, su *Marina* no hubiera dejado nada que desear.

En lugar de esto, de muy poco han servido al señor Arrieta las buenas voces, los coros y la numerosa y magnífica orquesta del teatro de la Ópera, pues que de toda su obra las piezas antiguas son la que más ha aplaudido el público.

Nosotros, que no podemos ménos de felicitarle por haber sido el primero en inaugurar en esta época el espectáculo de la ópera nacional, deseamos que el señor Arrieta escriba, sobre un argumento digno é importante, una ópera completa en la que no tenga que verse ligado por las dificultades que ni él ni nadie podrá fácilmente vencer cuando se trate de las metamorfosis de una zarzuela en ópera. Talento sobrado tiene para ello y posición suficiente para vencer los obstáculos inherentes á estas empresas. Si el espectáculo de ópera nacional tiene que ser un hecho en el coliseo de la plaza de Oriente, nada de medias tintas, nada de *pseudo-óperas*. Los grandes males requieren grandes remedios; no demos lugar á que la desidia ó la falta de protección puedan atribuirse á impotencia. Nuestro deseo y el de todos los amantes del arte es que la ópera española nazca esta vez con elementos de vida y adquiera robustez y fuerza para el porvenir. ¡Llegará esto á conseguirse!

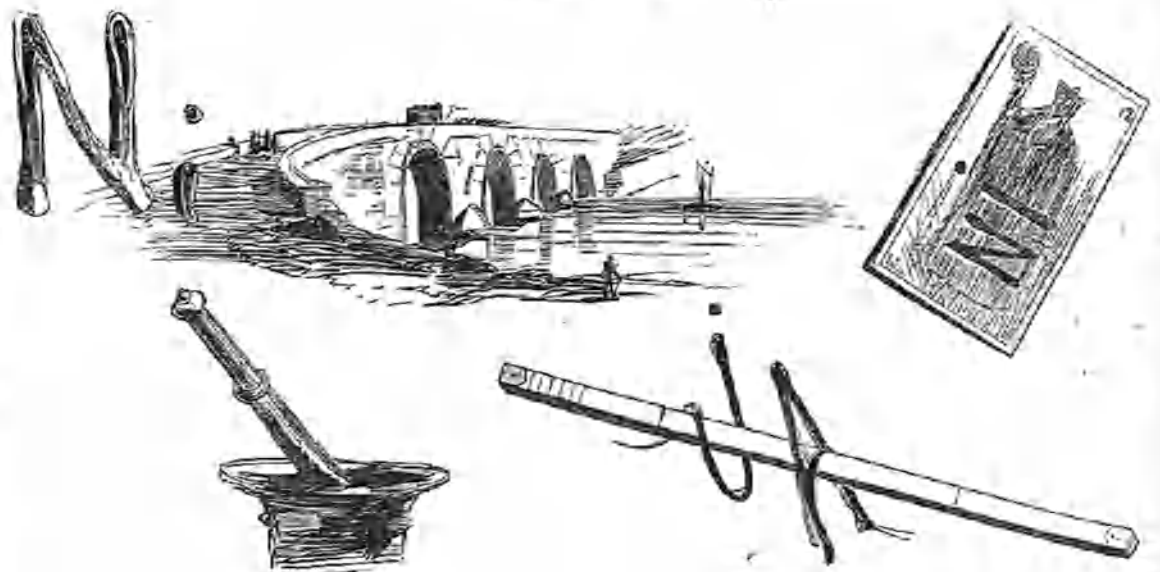
ANTONIO PEÑA Y GOSL.

LA ILUSTRACION DE MADRID.

PRECIOS DE SUSCRICION.

EN MADRID.		EN COMBINACION	
Tres meses	32 rs.	CON EL IMPARCIAL.	
Medio año	42 »	EN MADRID.	
Un año	80 »	Tres meses las dos	
EN PROVINCIAS.		publicaciones	
Tres meses	36 »	Medio año	
Seis meses	56 »	Un año	
Un año	100 »	EN PROVINCIAS.	
CUBA, PUERTO-RICO		Tres meses	
Y EXTRANJERO.		Medio año	
Medio año	88 »	Un año	
Un año	140 »	CUBA, PUERTO-RICO	
AMÉRICA Y ASIA.		Y EXTRANJERO.	
Un año	240 »	Medio año	
Cada número suelto		Un año	
en Madrid	4 »		

JEROGLÍFICO.



(La solución en el número siguiente.)